

ENSAYOS DE MURCIANIDAD

POR

VICTOR SANCHO Y SANZ DE LARREA
ACADEMICO C. DE LA REAL DE LA HISTORIA

I

UN CLARO VARON DE MURCIA

**Biografía Heroica y Ejemplar del capitán general de la Real Armada del
Mar Océano D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba**

No pudo escribir el Dr. Cano y Urreta semblanza más bella y sincera que la del hijo del II Marqués de los Vélez, D. Luis Fajardo de la Cueva, nieto del duque de Alburquerque, Adelantado del reino de Murcia y más tarde capitán general, por disposición del marqués de



Mondéjar, el de las Alpujarras, en el prólogo de su obra «Días del Jardín», dedicada a D. Juan Fajardo de Guevara, comendador de Montachelos, señor de las villas de Monteagudo y Ceutí, capitán general de la Armada del Estrecho, año 1619, hijo del almirante objeto de este ensayo de murcianidad.

D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba tuvo en el Dr. Cano y Urreta un estupendo cronista psicológico al escribir la etopeya de este héroe católico y español, y, digno de que se perpetúe en todas las antologías literarias e históricas de nuestra patria y del Mundo, magnificencia de la que dió cuenta en su «Diccionario bio-bibliográfico» D. Pío Tejera, para deleite y satisfacción de todo hombre que sepa saborear la exquisitez de inteligencia y bondad humanas en sus funciones de vitalidad religiosa y espiritual. La clara perspicacia y luminosa comprensión de este insigne ingenio de la ciudad nos legó la más preciada joya de importancia histórica nacional, al publicarla en su ya citada obra.

Lector apasionado de las obras clásicas de nuestros ingenios de los siglos XVI y XVII, he encontrado muchas alusiones a los Fajardos, quienes fueron además de políticos y guerreros, estupendos mecenas de las Letras.

D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba fué, como escribió nuestro Miguel de Unamuno, «nada menos que todo un hombre» profundamente religioso y heroicamente español, pero superándole con creces en elegancia, valentía y sufrimientos de estirpe soberanamente quijotesca, con todo el valor de su significación literaria y vital.

A finales del siglo XV escribió el Cronista de los Reyes Católicos, Fernando Pérez del Pulgar «Claros varones de Castilla» (1485) y Fernán Pérez de Guzmán «Generaciones y semblanzas» (1512). El Dr. Alonso Cano y Urreta publicó «Días del Jardín» en 1619, es decir, en pleno reinado de Felipe III, o sea de la llamada decadencia nacional y en la indiscutible grandeza del Imperio de las Indias occidentales en el que España volcó generosamente toda la sustancia de la civilización y cultura europeas, legado que hoy tiene una trascendencia insospechada en la ecumene mundial en funciones de Catolicismo.

Tal vez el Dr. Cano y Urreta no se diera cuenta del tesoro humano que nos dejó al escribir la maravillosa semblanza de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba; semblanza de enorme importancia antológica que justifica la glorificación de su personalidad espiritual. Semblanza que puede igualarse con las de los Cronistas que cito anteriormente por la sencillez y encantadora realidad que la caracteriza.

Reproduzco literalmente esta semblanza de nuestro héroe, copiada por D. Pío Tejera, tomada del Dr. Cano y Urreta y de Francisco Cascales para ilustración de los que desconocen los hechos que forman la trayectoria histórica de este hombre digno de imperecedero recuerdo, y así como de aportar datos documentales, hoy, sin la debida divulgación



que merecen. Datos que demuestran la necesidad política de la expulsión de los moriscos que amenazaban continuamente toda la costa murciana y la existencia de la monarquía española en la síntesis patriótica de su nacionalidad. Acontecimiento que con criterios tan erróneos y llenos de malevolencia internacional manejaron nuestros enemigos seculares. Yo puedo asegurar que la región murciana fué el bastión que sufrió toda la formidable ofensiva de este pueblo, que si vencido, jamás fué asimilado por nuestra cultura y civilización, a pesar de haber sido sus minorías selectas las transmisoras deformadoras de la tradición científica greco-latina tan admirablemente estudiadas por el insigne arabista y pensador aragonés D. Miguel Asín Palacios en sus obras «Escatología musulmana en la Divina Comedia», «Las huellas del Islam» y «El Islam cristianizado», esta última basada en los libros del pensador árabe murciano Aben Arabí, sobre todo en su autobiografía «Risalat al/quds» o sea, «Epístola de la santidad». Llegando en sus estudios hasta la raíz cristiana de lo bueno que tiene el musulmanismo en su ética asimilada por los selectos místicos mahometanos.

Las causas y motivos que justificaron la expulsión de los moriscos se pueden demostrar documentalmente sin acogernos a sugerencias llenas de frivolidad maliciosa, como hasta ahora forjadas por quienes no nos estudiaron con una verdadera comprensión política y espiritual exigida por la honrada tradición internacional de un amoroso estudio cristiano. La expulsión de los moriscos es un capítulo de la historia nacional cuyo punto neurálgico fué la región levantina de Murcia, no bien conocido por nuestros historiadores y menos por los forasteros que la han divulgado a través de un criterio rencoroso o lo que es lo mismo, luterano, antieuropeo. El caudillaje de esta empresa fué encomendado a nuestro D. Luis Fajardo, quien realizó la silenciosa epopeya de liquidar la piratería morisca y la internacional, que si fué grande como militar y marino, todavía lo fué más como hombre católico, grandeza que cinceló nuestro Dr. Cano y Urreta en su bellísima semblanza.

Hablando de este particular el Dr. Marañón en su obra «Cajal, su tiempo y el nuestro» escribe:

«La misma ignorancia, referente a la expulsión de los moriscos. En primer lugar, no se les hizo salir, como usualmente se dice, por fanatismo religioso, sino por razones políticas ineludibles, sobre las que espero algún día hablar con gran información. Como ellos eran, en efecto, los que cultivaban la mayoría del campo español, pasó éste, después de la dolorosa pero inevitable medida, por una crisis de abandono que a duras penas se intentó reparar con gentes extranjeras. El español de entonces se dedicaba a la milicia, a la colonización, a la guerra o a la vida religiosa, y había perdido el hábito y gusto de labrador; exactamente como hoy sucede en los países rectores del Mundo en los que, cual en España entonces, se agolpan chicos y grandes en el quehacer de las ciu-



dades y dejan los campos en manos exóticas. Mas la necesidad obligó a volver a la tierra».

Y añade el Dr. Marañón:

«A los que se lamentan todavía de la ruina de nuestros sembrados y de nuestros huertos al irse los moriscos, olvidan que el desastre fué pasajero y no son los moriscos, sino los españoles, los que hoy hacen producir todo lo que pueden, y aún más de lo que pueden, no sólo a las vegas y regiones civilizadas del litoral, donde los moriscos vivieron, sino a los pedregales de la meseta, donde ellos no pusieron el pie» (1).

Mejor no se pueden decir unas verdades tan evidentes de nuestra historia y tan necesarias para su buena comprensión. Claro es que nuestro Francisco Cascales las expresó en sus «Discursos históricos», pero hace falta insistir sobre este acontecimiento tan mal estudiado y meditado.

Quien admirablemente ha expresado el daño que produjeron en nuestra patria los moriscos, fué Miguel de Cervantes en su «Coloquio de los perros», y sin necesidad de comentarios por la calidad de su entendimiento y la evidencia de su criterio, hijo de una inteligencia transparente y despejada, expresa la verdadera interpretación de este acontecimiento político y social tan manejado por los pensadores extranjeros como argumento de la decadencia española en la trayectoria de su tradición. Los comentaristas del sentido oculto de la creación cervantina han equivocado lamentablemente lo que Cervantes dijo y escribió cuando de un modo tan estupendo y claro dijo: ¡Oh!, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, de esta morisca canalla, si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas, en efecto, habré de decir algo; y así, hoy en general, lo que yo ví y noté en particular de esta buena gente. Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana; todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo le condenan a cárcel perpetua y a oscuridad eterna; de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad del dinero que hay en España. Ellos son su lucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas; todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco o mucho, y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo; y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer al infinito, como la experiencia lo demuestra».

He aquí la causa moral y económica de lo que los luteranos que escriben de nuestra historia llaman decadencia. Todo consiste en que Es-

(1) Marañón (Gregorio). «Cajal, su tiempo y el nuestro». Pág. 37. Edit. Antonio Zúñiga. Santander-Madrid, 1960.



paña derramó toda su energía espiritual y humana por el continente hispanoamericano, llevándole la cultura cristiana católica de Europa. Nuestra Patria fué el Señor y los judíos y moriscos sus lacayos financieros que agotaron el derroche de su generosa hidalguía caballeresca en lucha contra la barbarie de un hombre de la estirpe nietscheriana medieval; Lutero, en pleno hervor revolucionario, teniendo sus antecedentes en la profundidad milenaria de los tiempos de infinitud pretérita, culminando en Freud y Sartre, etc.

Precisamente, hoy, se conoce mejor el progreso de la religión católica al intensificarse el estudio de ella y como consecuencia el mejor conocimiento de su tradición, inquiriendo hasta llegar a su raíz de su origen divino que indudablemente tienen todas las acciones que realizan los hombres al proyectar la actividad teológica de su alma en los seres y cosas que les rodean.

Cervantes lo expresa admirablemente en el comienzo del libro I, capítulo I, de su novela «Persiles y Segismunda», cuando escribe:

«Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar sin sosegar sino en su centro, en Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden: que este se tome, aquel se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor, *cuando no se mezcle con error el entendimiento*».

Pensamiento sencillo y profundo que indica la poderosa inteligencia del gran hidalgo alcalaíno, sobre todo las palabras subrayadas, las que merecen se mediten y reflexionen con la debida comprensión cristiana. Respecto a este pensamiento cervantino, escribe en otra parte de «Persiles y Segismunda» (Libro II, cap. V): «Efectos vemos en la naturaleza de quien ignoramos las causas: adormecense o entorpecense a uno los dientes de ver cortar con un cuchillo un paño; tiembla tal vez un hombre de un ratón y yo he visto temblar de ver cortar un rábano, y a otro he visto levantarse de la mesa de respeto por ver poner unas aceitunas. Si se pregunta la causa, no hay saber decirla, y los que más piensan que aciertan a decirla, *es decir que las estrellas tienen cierta antipatia con la complexión de aquel hombre* que le inclina y mueve a hacer aquellas acciones, temores y espantos, viendo las cosas sobredichas y otras semejantes que a cada paso vemos. Una de las definiciones del hombre es decir que es un animal risible, porque sólo el hombre se ríe y no otro ningún animal; y yo digo que también se puede decir que es llorable, animal que llora; y así como la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es lícito que llore el varón prudente: la una, por haber pecado; la segunda, por alcanzar perdón de él; la tercera, por estar celoso; y las demás lágrimas no dicen bien en un rostro grave».

Por estas palabras se ve bien claro la serenidad de Cervantes al en-



juiciar las personas y cosas que llamaron su atento interés al escribir sus obras, todas ellas inspiradas en la realidad de su vida andariega y heroica, caudal de su creación literaria.

Por la semblanza que copio a continuación se comprende fácilmente la magnífica humanidad que tembló en la existencia de D. Luis Fajardo en su función española, y en la que fulgura un brillo de sensibilidad gallega propia de su linaje, que tiene sus precedentes en una Canción que trae la obra de D. Pío Tejera ya citada de su abuelo el marqués D. Pedro, Canción que revela la característica psicológica de su sentimiento romántico y de la poesía lírica que fué la sustancia literaria de Rosalía de Castro; es decir, la *morriña* de los de su estirpe no se extinguió. Ahora bien, D. Luis, su nieto, no escribió poesías sino que vivió esa sutil *saudade* del pueblo nativo de sus antepasados, como veremos después de leer su semblanza.

Dedicatoria de los discursos o *Días del Jardín* a D. Juan Fajardo.

«Son tan fáciles (dice en ella su autor) desde la primera letra destes discursos, las razones por quien se deuen a V. S., que juzgo ociosidad repetirlas. El nombre y grandeça del Señor Don Luys, los auía de amparar y honrrar si viuiera. No caue al suelo más durable el bien, ni goza fauor que más o menos temprano cueste lágrimas su pérdida. Llebónosle la eternidad y el premio de su sudor y trabajos. Quántas veces lo escuché de su boca: *Loco es el hombre que por intereses humanos padeze las inquietudes que por mí han passado y los peligros en que me he visto* No porque el señor Don Luys ensangrêtador perpetuo de las Islas y el mar, se entretuuu dos años en las plantas del jardín de espinardo, perdió la fuerça para ganar la Mamora y matar cosarios. Desde muy niño vió V. S. a su padre embeuido en azero, y entre humos y fuego, cortando braços y vidas de hombres. Y en estos discursos le verá con capote de labrador, cortando ramos de naranjos y limos. Y no por esto menos feliz, menos famoso; antes pienso que sólo él pudo acertar a ennoblecere tãto como sus empresas con las victorias, sus ocios en este exercicio... Quando murió pagó con dos años de enfermedad cruel y cõ la vida, la más importante fación que ha tenido en muchos años España, sin cuydar de humanas recompensas. Viēdose morir tan pobre verdaderamente, q̄ si la plata de su seruicio no les pagara la caridad, no huuiera con q̄ vnos santos Religiosos le mudaran el cuerpo diez pasos de calle a vna pared de su Iglesia. Viēdose morir y que dexaua dos hijos llenos de heridas, llenos de pēsamiētos gallardos; pero quã vanas las arcas, quã blancos los juros!... Y moría gozoso, no sólo porq̄ los dexaua pobres, sino porq̄ los dexaua tã a sus costumbres, que yua confiado de que auían tambiē de morir pobres. Palabras son assimismo suyas, oyēdo gastos del



señor don Alonso con soldados de Flandes, assí allá como acá, que rodeaua muchas jornadas por buscarle y de V. S. con sus camaradas, y de uno y otro faltas forçosas: *No importa* (dixo). *Que no le sobre nada, que yo me cõtento como no dexe menor honra que a ellos les dexaron sus aguelos...* Feliz, pues, en todo lo juzgo; más feliz en la muerte por santa, por quieta, por purgada. ¿Qué desengaño mostró en ella de las vanidades de los mortales? ¿Qué desprecio de humanos intereses? ¿Qué rendimiento a su voluntad? ¿Qué paciencia en la enfermedad? ¿Qué entereza en sus dolores? En dos años q el mal de piedra con intensísimo dolor le enflaqueció el cuerpo para que la muerte se le atreuera y le purificó el alma para que la habilitara para el premio de la gracia, no faltó a los despachos, ni a las correspondencias, ni a las visitas, ni a su compostura y seueridad, tan sin quejarse, tan sin afligirse, que sólo ésta venció las demás señales de la enfermedad, y engañó los mejores medios para que nunca se persaudieran que podía caber en vn hōbre con tan insufrible mal sufrimiento tan notable. Antes mostraua en el rostro, aunq̄ más flaco, cierto gozo y alegría, salida, sin duda, del alma q̄ reconocía aquella pasión, particular dicha y beneficio del cielo, como sugeto y materia de tā heroicas virtudes».

Ahora bien, este libro, estos *Discursos*, se comenzaron a escribir, como hemos visto, con la intención de dedicárselos a D. Luis, y sabemos que en enero de 1617, fecha en que se aprueban por Pedro Mantuano, ya D. Luis no existía; sabemos también que en agosto de 1614, fecha en que tuvo lugar su memorable hazaña de la rendición de la fuerza y puerto de la Mamora, todavía llevaba sobre sus hombros el peso de las armas. Con que, aun suponiendo que ya por entonces se sintiera tocado de la cruel dolencia que le condujo al sepulcro, teniendo siempre que contar con los *dos años de intensísimo dolor*, de que nos habla el tanta veces citado autor de los dichos *Discursos*, habremos forzosamente de fijar, como lo hemos hecho, el año de su muerte, de últimos de 1615 a agosto de 1616.

Esta etopeya de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba es, si se medita bien, un heroico poema de dolor semejante a la poesía de una honda sentimentalidad gallega engendrada en la nostalgia de la bruma celeste de su hermosa tierra y de la que partieron sus progenitores, problema que brindo al magnífico poeta y querido amigo mío Dictinio Castillo-Elejabeytia, para su recreo espiritual y estimación de un valor de alta murcianidad.

Al final de la semblanza del Dr. Cano y Urreta escribe éste estas significativas palabras:

«Antes mostraua en el rostro aunque más flaco, cierto gozo y alegría, salida sin duda del alma que reconocía aquella pasión, particular dicha,



y beneficio del cielo, como sujeto y materia de tan heroicas virtudes».

¿No se ve en estas palabras ese místico gozo del dolor que caracterizó el sentimiento de los poetas de Galicia?

Se me dirá que tal vez me apoyo en palabras. Y ¿no son estas las arterias verbales por las que circula el sentir espiritual de los poetas? ¿No es su significación un hecho que la profundidad de su inspirada inteligencia intuitiva germina misteriosamente, luchando por expresarse con la belleza que sueña crear? ¿No se siente al leer esa Canción lo emotivo de un amor, aunque de raíz erótica, como el de un amor de una pasión caballeresca cristiana que se complace en su propio dolor que no quiere abandonar la vida a pesar de escribir:

*"Cierta, gran pena es morir,
y enojoso el esperar,
y congozoso el partir,
muy más raioso el quedar"?*

¿No son estos versos un eco lírico de la tan repetida y leída poesía de Jorge Manrique? ¿No se ve una trágica paradoja en ellos en los que el hombre despreciando el dolor de vivir y de morir se agarra a sus penas como victoria de sus amores derrotados?

Pío Tejera, copia:

«El Adelantado de Murcia, Pedro Fajardo (se lee al frente de la copla, número 554) traía en el lado yzquierdo, encima del corazón, un montón de perlas y una cruz de oro encima, a manera de los mojones que ponen en los caminos donde han muerto algún hombre, y decía la letra:

*"Aquí yace sepultado
un corazón desamado".*

¿No es esto puro romanticismo, cabalgando entre los siglos XV y XVI? ¿No es una realidad del heroísmo de las Armas y una expresión de las Letras que se conjugan maravillosamente, un quijotismo evidente que se desmaya, como se refleja en la carta que el buen obispo de Mondoñeño le escribió a nuestro héroe estas palabras significativas?:

«Como hombre cuerdo me parece, Señor, que habéis acordado de estaros en vuestra casa (en Vélez Rubio), visitar vuestra tierra, gozar de vuestra hacienda, entender en vuestra vida y en el descargo de vuestra conciencia; por manera que las cosas de la corte holguéis de oirlas y huyáis de verlas!» (2).

Claro es que estos consejos de D. Antonio de Guevara se escribieron después de la revolucionaria rebeldía de los agermanados, produciendo

(2) Guevara (Antonio). «Epístolas familiares». XIII a.



una decepción fugaz en los que creyeron en la bondad colectiva de los pueblos de distante raza y religión, que luego tuvo su expresividad en la expulsión de los morismos de las Alpujarras y de todo el Levante litoral de nuestra costa, viéndose obligados a decretarla nuestros Reyes con y por motivos justificadísimos no comprendidos por los historiadores luteranos y agnósticos, empañando nuestra tradición con su malévolamente la manera de interpretarlos.

En los años que vivió nuestro insigne personaje, en pleno período imperial carlino, el pensamiento y hasta el sentir de los hombres más cultos de Europa se produjo un fenómeno psicológico de humanismo cristiano iniciado por nuestro Juan Luis Vives y que tiene su expresión en una obra tan maravillosa como «Diálogo de la verdadera honra militar», del capitán aragonés Jerónimo Ximénez de Urrea, calificada por Menéndez Pelayo de preciosa en su obra «Orígenes de la novela». Merece la pena copiar el concepto que éste tiene del soldado, porque es una expresión de lo que fué D. Luis Fajardo en su plenitud heroica y militar, como se desprende de lo que dice a sus hijos en la semblanza del Dr. Cano y Urreta:

"Los soldados valerosos y honrados.

Estos fuertes de ánimo, constantes y sufridos en los trabajos y peligros del mundo, que tienen su fin en cosas altas, heroicas y liberales, son los que se han de llamar soldados valerosos y honrados, y *los que solamente por codicia de miserable paga* se ofrecen con ánimo y tristeza a los peligros y muerte, se pueden llamar buenos soldados cuando sirvan bien; mas no se ha de tener en la cuenta de los honrados y valerosos, pues por demasiada codicia de cosa tan poca se ofrece mil veces a la muerte y cuanto más ánimo y fortaleza muestran peleando tanto más los condenaría yo por codiciosos y miserables, porque ningún hombre espontáneamente se ha de ofrecer a la muerte, sino por cosas honestas, *como por el alma, honra, rey, patria y todos cuanto fuera fines, deliberadamente, se ofrecen a la muerte, merecen ser vituperados.* Por esto ha de mirar el valeroso mancebo que el ardor de su ánimo y lozanía de su corazón lo incita al ejercicio de las armas, que no vaya a la guerra con fines codiciosos *de miserable ganancia*, sino con firme esperanza de ganar premios y honores ganados por su propia virtud para que sea puesto en la estima y cuenta de los valerosos soldados y honrados que andan en guerra con fines para alcanzar el honrado premio que buscan». («Diálogo de la verdadera honra militar», año 1566).

Pero aún ahonda más Ximénez de Urrea en la moral cristiana del sentimiento militar y en la psicología del verdadero guerrero católico al escribir acerca del sufrimiento de la injuria en el siguiente párrafo de la misma obra:



«Fr.—Dice si por caso algún hombre pusilánime o por vileza sufre ser injuriado y vituperado, y no muestra en el acto de la injuria ánimo magnánimo y de un valor en sí, que se le conozca sufrir aquel vituperio, mas no por prudencia y bondad de ánimo, si por vileza y miedo, este tal se ha de tener por hombre de poco, vil y miserable, con quien no se ha de tener cuenta, pues de desvalido y poco ánimo ha consentido el vituperio y no ha osado defenderse; y el sabio justo varón que ha sabido sufrir con esfuerzo y cordura la insolencia de un temerario y mostrado en la animosa manera de sufrirla ser de ánimo gentil, fuerte y justo, es digno de alabanza, y *si quisiere vengarse de su injuria no ha de buscar la venganza, como vos que la procuráis hacer por vía de duelo, pues no es descubridora de la verdad, y la venganza en caso propio siempre fué tenida por cosa de ánimo vil y cruel*».

De estas palabras acerca del duelo brota una frase de formidable significación, la venganza mediante el duelo *no es descubridora de la verdad*, de la verdad de la ofensa hecha al honor o por la calumnia o la mentira provocando las tragedias del dolor, producto de toda miseria espiritual. Hay que leer estas palabras de D. Luis Fajardo:

«Loco es el hombre que por intereses humanos padece las inquietudes que por mí han pasado y los peligros en que me he visto...». Frase honda que dibuja maravillosamente el temple de su energía varonil y de su magnífica concepción cristiana, coincidiendo con lo que nos dice Ximénez de Urrea, del soldado.

En la vida de D. Luis Fajardo hay dos fases de heroísmo, el de guerrero y el de cristiano, dos fases que iluminan su vida con fulgores de honor caballeresco y de virtud católica, que se desprenden solamente de la semblanza cincelada literariamente por el Dr. Cano y Urreta.



II

LAS ARMAS EN LAS LETRAS

Un episodio interesante de la vida heroica de D. Luis Fajardo

La toma de la Mamora

Uno de los capítulos más importantes de la historia universal es el de la lucha del Imperio Español durante los siglos XVI y XVII contra la *antieuropeidad*, es decir, contra la unidad cristiana forjada por la Iglesia Católica.

Capítulo que necesita una revisión profunda y radical y una rectificación de nuestra tradición tan maliciosamente interpretada por los extranjeros heterodoxos desde hace muchos siglos hasta la fecha. Obligación nuestra es destruir la terrible Leyenda Negra engendrada en la covacha de la mala intención.

Hoy, un autor inglés, ha puesto el dedo en la llaga de este mal español, Hilario Belloc, en un libro que debiera leer todo hombre que se precie de amante de su patria y religión. Pero no es nuevo lo que este pensador ha dicho del pecado capital del luteranismo y sus variantes heterodoxas.



La Mamora es un puerto moro, nido de piratas, corsarios y musulmanes. En el relato poético que Tirso de Molina hace de este reducto africano, escribe:

*”Vió el espumoso elemento
en sus olas mil pensiles,
por cármenes y jardines;
y dando vista a Larache,
de cuyas murallas rinden
salva en partos monstruosos
culebrinas y esmeriles,
llegaron de la Mamorra
una legua; y porque impide
tomar tierra el agua escasa
del mar soberbio, allí humilde,
dieron fondo en aquel puerto,
y luego en él reciben
dos hávios (h)olandeses
el mar que enfrentan con diques.
Dellos supo el General (D. Luis Fajardo)
en el puerto estaban quince
naves que, a herejes corsarios,
ayudando al moro sirven;»*

Bien se ve que los holandeses, herejes y corsarios, sirven al moro, Este detalle que parece no tener importancia tiene una enorme significación histórica para comprender una realidad vital europea despreciada por los investigadores extranjeros cuando intentan explicar las consecuencias de revolución tan tremenda en el ambiente espiritual del mundo católico, consecuencias que clarivamente vieron nuestros escritores de aquella época.

Me permito copiar lo que dice sobre este asunto el inglés Hilario Belloc en su estupenda obra «Cómo aconteció la Reforma» y en su capítulo «La inundación»:

«Pero Fernando, hermano de Carlos V, que presidía la Dieta (de Spira), hizo lo que pudo para detener la corrupción. Suspendió la conferencia imperial. Las fuerzas que empezaban ya a reaccionar en defensa de la unidad (europea) estaban listas para reunirse, el contraataque que podía haberse iniciado en ese verano, pero, el 29 de agosto de 1526 se produjo la decisiva catástrofe de la batalla Mohacz.

Solimán el Magnífico, el joven conquistador de treinta y dos años que acababa de hacer retirar a nuestras guarniciones cristianas del mar de Grecia, salió de Constantinopla con cien mil hombres y trescientos cañones. En la ancha llanura abierta, a unos cinco kilómetros al sudoeste de Budapest, enfrentó al pobre rey Luis de Hungría, que contaba con una fuerza de caballeros húngaros inferior a la cuarta parte de la suya, y los mató a casi todos. Ese día el mahometano destruyó el poder



cristiano de Hungría, el bastión de nuestra civilización frente a su ataque. Era un conquistador en las mismas fronteras de Alemania y se hallaba, en adelante, plantado a las puertas de la Europa occidental. Los turcos, después de Mohacz, no gobernaban desde Budapest: toleraban a un rey húngaro nativo. La misma Austria, Viena, la ciudad amurallada de los Hasburgos (los Emperadores), no fué atacada inmediatamente después de Mohacz. Solimán volvió—conduciendo cien mil prisioneros cristianos—a su país. Pero la batalla de Mohacz era para el archiduque de Austria, Fernando, hermano de Carlos V, y para toda esa dinastía, una espada suspendida sobre su cabeza. Era menester cuidar de la casa; cuidar el poder para organizar totalmente Alemania, para unirla en contra de la nueva perturbación religiosa, para restaurar el orden y perseguir inmediatamente a los principios de la Reforma el mismo camino que habían seguido todas las querellas contra la Cristiandad—con toda evidencia ese poder había desaparecido—. Mohacz hizo comprender a los Hasburgos lo que desde tiempo atrás hubiera debido saber:

«En esa época, Turquía tenía superioridad en Europa—sí, aun en la Europa del Renacimiento—...

«Poco faltó para que se produjera el avance del Islam hacia el Rhin. Era la sombra sobre Europa, y Mohacz su manifestación...

«Pero la salvación de Alemania en Viena no les debe agradecimiento alguno a los reformistas. Estos—los más lucidos de entre ellos—daban la bienvenida al poder mahometano. Lutero tuvo, por cierto, la generosidad de protestar, pero el poderoso príncipe Felipe de Hesse, demostró en la forma más típica, el espíritu de los separatistas de Spira. Repleto de botín robado a la Iglesia, se regocijaba de que los turcos asaltaran asaltaran nuestra casa. Sabía que su propia causa se hallaba en pugna con todas las tradiciones de Europa y que cada herida infligida a Europa aumentaba sus oportunidades de ganancia personal».

«La lucha ha abandonado hoy ese lugar (Spira). Se cuenta entre los más apacibles del Mundo y los más felices. Sin embargo, allí fué decidida la causa de mayor disensión en Europa, de guerra más prolongada y de mayor desgracia que haya conocido nuestra raza».

En estas palabras de Hilario Belloc encontramos una nueva visión de la tragedia europea, hoy, agudizada en la presente invasión tártara gobernada por la técnica soviético-marxista del comunismo sin posible esperanza de civilización cultural y religiosa que nos consuele de esta inquietud (no existencialista) que tanto daño espiritual está haciendo a las almas de los hombres, y originada por tan tremendo desgarrón de la unidad católico-romana. Toda la vida heroica de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba fué un combate continuo con corsarios y piratas holandeses, ingleses, franceses y moros, como se lee en la biografía de Pío Tejera.



Nuestro Quevedo escribe de una manera sintética y clarísima la función destructora de los países separados espiritualmente de S. S. el Papa, autoridad única que podía mantener la unidad europea. Pero fué España la que defendió la civilización occidental en Lepanto y en Trento, luchando contra los protestantes y los turcos:

«Van por oro y plata nuestras flotas, como nuestras flotas van por él a las Indias. Quieren por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae y no sacarlo de quien lo cría. Dales más barato los millones el descuido de un general o el descamino de una borrasca que las mina. Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la envidia que todos los reyes de Europa tienen a la suprema grandeza de la Monarquía de España».

Esto dice nuestro Quevedo en su interesante obra «Los Sueños», obra en la que se expresan los pensamientos de este polígrafo acerca de la intención diplomática de las naciones que provocaron la decadencia militar de nuestra patria empobreciéndola mediante el piraterismo, el corso y la conspiración con los mismos protestantes, como lo hizo el tristemente célebre cardenal francés Richelieu, cultivando un vergonzoso maquiavelismo que no supo combatir la vil interpenetración del catolicismo y del luteranismo, contubernio que tanto daño hizo a la religión cristiano-romana.

* * *

La España que vivió nuestra claro varón fué calificada por los historiadores de decadente. Afirmación que se ha aceptado con una ligereza confiada e inconsciente. Hay un aspecto que no se ha estudiado con verdadera reflexión y amor. Y es que *siempre nos han historiado y no nos hemos historiado*, que no es lo mismo. Los que nos han historiado nos han ofendido, nos han calumniado. Sólo ahora es cuando nos vamos historiando, es decir, vamos conociéndonos, investigando en archivos y bibliotecas, manantiales de los que brotan las claras aguas de nuestra hermosa tradición deformada y oscurecida por los hombres que no nos conocieron y nos amaron como merecemos. Si hoy el mundo anda a la deriva es porque se perdió la unidad religiosa por culpa de la locura de Lutero y los intereses económicos de príncipes que no sintieron la grandeza espiritual del Catolicismo, que es la única energía que puede mantener la verdadera política del mundo; y esto es lo que nos ha conservado nuestra patria en la Tierra. Si se lee con cordial atención la preciosa semblanza ya citada de D. Luis Fajardo, se verá reflejada esa fuerza de arraigada tradición ecuménica, pensada y deseada por nuestros maravillosos reyes Carlos V y Felipe II, la que palpité siempre en el corazón de las minorías que encarnaron admirablemente la armoniosa relación entre las Armas y las Letras. Léanse estas palabras de nuestro D. Luis Fajardo: «Loco es el hombre que por intereses humanos padece las inquietudes que por mí han pasado y los peligros en que me he visto...»;



en ellas se ve al perfecto caballero que por el honor despreciaba, todo por la gloria de Dios. En ellas tiembla una emoción religiosa del Cruzado que luchaba contra la heterodoxa herejía que destruyó la unidad divina que nos hace a todos Hijos de Dios, sin más código que el Evangelio y sin más civilización que la engendrada por el Catolicismo. Condiciones necesarias para comprender el sentido significativo de nuestra historia y tradición. Hasta autores agnósticos lo han entendido así. ¿Qué fuimos pobres? Tal vez esa virtud nos ha dado la generosidad que otros pueblos y hombres no comprenden ni comprenderán nunca. El rico que carece de caudal espiritual no es capaz de afrontar la muerte con la serenidad que da una fe profunda y sincera ni defiende un ideal digno de memoria inextinguible. Y al contrario, el pobre rico de espiritualidad religiosa, sí. D. Quijote vende su hacienda para comprar libros de Caballerías, de literatura, logrando un ideal nobilísimo y esencialmente cristiano, es decir, económicamente pobre y espiritualmente rico, de aquí emana la grandeza humana de este magnífico ejemplar del hombre católico y español. Si Cervantes hubiese conocido a nuestro D. Luis Fajardo seguramente el inmortal hidalgo autor de su maravillosa novela tendría una realidad literaria más intensamente emotiva que la de Quijano el Bueno, por la sencilla razón de que D. Luis Fajardo sostuvo un ideal religioso viviendo en medio de hombres impulsados por pasiones rastroas y viles en lugar de perseguir un fin político que limpiara sus almas de miserias terrenales y los defendiera de deseos necesarios y económicos opuestos a toda espiritualidad.

La invención de la artillería produjo una baja temperatura del clima heroico caballeresco en el ambiente social de aquella época, como comenta nuestro Francisco de Quevedo en su poesía a la invención de la polvora y del cañón, y Cervantes en su discurso de las Armas y las Letras, llegando a su cumbre en la nuestra a la ultratrágica bomba atómica. Un joven aviador dispara desde un aeroplano el tremendo explosivo y mata y destruye la ciudad japonesa de Hiroshima. Este hombre, después de contemplar su apocalíptica obra, lleno de remordimiento, hace pocos años ingresó en la comunidad de un monasterio católico. He aquí la expresión de la ciencia cuando produce, manejada por los hombres, obras de perversidad y de maldad. Los sabios actuales estudian la arquitectura cósmica según el orden divino para después destruirla. Las armas envilecidas por la ciencia, diabolizadas por la soberbia de una tarea maldecida por Dios. Tal vez esta alusión de las cosas de hoy, sea aparentemente ociosa, y no lo es, porque el sentido que a la guerra le dieron los escritores de nuestra patria fué eminentemente aristocrática y cristiana. ¡Paradoja! dirán los llamados pacifistas que gozan de la paz defendida por los soldados. Si surgieron ciudades en la tierra se debió a la milicia de hombres valientes que salvaron con su heroísmo una civilización caracterizada por los nobilísimos ideales religiosos y políticos inspirados en el



Evangelio de Jesucristo, y asimilando lo mejor de las humanidades greco-latinas que tenían una esencia precristiana. Pero la ciudad era dominada por la catedral, relicario de las Ciencias y de las Letras, así como los monasterios y castillos, en cuyas entrañas palpitó el espíritu cultural del Cristianismo en sus escuelas y más tarde en sus Universidades y colegios mayores. Aquí debe recordarse la frase famosa del personaje de Víctor Hugo de su obra «Nuestra Señora de París», Claudio Frollo, mirando un libro y al mismo tiempo a la catedral, «el libro matará a la catedral», estúpida divisa de los revolucionarios románticos de su tiempo. ¿Cómo iba la soberbia intelectual a triunfar frente a las virtudes teológicas de la fe, esperanza y caridad? Lo que ocurrió fué que los hombres agnósticos quisieron separar estas virtudes de la ciencia teológica de la ciencia filosófica, creyendo emanciparse de los mandamientos de la Ley de Dios, cayendo en el abismo terrible de sus desesperaciones y sus angustias. Ante esto hay que pensar en los efectos espirituales de la bomba atómica en la conciencia y en el corazón del joven piloto del avión que la disparó por un acto de disciplina militar. ¡El libro matará a la catedral! Claudio Frollo se refería a la ciencia experimental de las cosas materiales que empezaba a alborear con los fulgores racionalistas del humanismo heterodoxo. Víctor Hugo no había comprendido el espiritualismo de la Edad Media a través de su carencia de cultura teológica y filosófica del formidable pensamiento de Santo Tomás de Aquino, que los españoles defendieron en el Concilio de Trento, salvando el dogma del libre albedrío y con él, la europeidad cristiana del Catolicismo, verdadero Lepanto religioso y base del imperio espiritual del Evangelio, exaltado y defendido por España en todo el Mundo.

Para demostrar el sentido aristocrático de las Armas en la selecta minoría militar española, copio al P. Rivadenayra en su «Tratado del príncipe cristiano»:

«Para que los soldados sean verdaderamente fuertes de aquella fortaleza *que es virtud cristiana*, y no salteadores de camino; ministro de Dios y no de Satanás; defensores de la Patria y no destructores; guardas de los amigos y no asoladores; amparo de los templos y cosas sagradas, y no fuego infernal que los abraza y consume (como algunos soldados lo suelen ser) es necesario que el príncipe cristiano tenga gran cuenta con la disciplina de su ejército y que mande severamente castigar los excesos, desobediencias, robos, agravios, riñas y pendencies de los soldados y más las injurias que se hacen a personas inocentes, doncellas, mujeres casadas, y sobre todo los templos y monjas y ministro de Dios; porque sin esta disciplina militar, cuantos más soldados hubiese, más ruinas habrá y el ejército no será ejército de soldados valientes y cristianos, sino una junta y multitud de enemigos y destruidores del género humano».



Símbolo de este sentimiento militar de nuestros capitanes es el maravilloso cuadro de Velázquez «La rendición de Breda», al ser entregadas las llaves de la ciudad al marqués de Heredia-Spínola. En él se vé cuán amorosamente abraza el marqués al caudillo vencido y con que sencilla elegancia cristiana le promete el respeto de los habitantes de la ciudad en sus vidas, honras y hacienda.

Han pasado siglos y el pensamiento del espíritu cristiano del catolicismo español sigue cada día más intensamente perenne en la hondura del porvenir divino de los hombres en su alta empresa imperial de religión ecuménica.

Es sorprendente y produce verdadera indignación ver cómo el pensamiento de los escritores nacionales es escamoteado por los autores extranjeros al hablar de nuestra patria. Citaba antes el criterio del católico inglés Hilario Belloc como cosa nueva respecto a la actitud de los enemigos de nuestro imperio religioso, mas ya en el tiempo actual de aquella época, Carlos V pronunciaba un discurso ante Su Santidad Clemente VII muy interesante y digno de tenerse como un documento trascendental en el espíritu de nuestra historia, siempre deformada y mal tratada:

«Porque bien sabe V. Sd. y a todos es manifiesto, los conciertos y acuerdos que havía entre el rey de Francia y el Turco, al tiempo que pasamos a Hungría, donde nuestro Señor nos hizo tan señalada merced de darnos una victoria, como fué sin calzar espuelas ni dar golpe de espada, hacer retirar al Turco con vn tan poderoso e innumerable ejército como tenía, de donde enviamos a rogar al rey de Francia que nos favoreciese e ayudase en tal empresa, y nos rrespondió *que no*, por estar muy gastado y no poder ayudarme; le enviamos a rogar, y con nuestro embaxador se le suplicó que lo que cumplía a la Cristiandad tomase él la empresa de corrón (sic, por corón); y a esto rrespondióle lo de arriba, y que tan presto no se podía hacer una tan grande armada. Sabido por nos su voluntad, hicimos la armada por mar (que a V. Sd. todo es notorio), y savemos que el Turco, con avisos del dicho rey se retiró sin dar batalla».

«También creo que V. Sd. sabrá que al tiempo que quisimos partir a hacer la empresa de Túnez, le enviamos a rrogar para sólo este efecto, nos prestase sus galeras: A lo qual nos rrespondió que no lo podía hacer por quanto Barbarroxa *era su amigo*, e no solamente esto; mas yo propio y con mis manos tomé en la goleta estas cartas que tengo en la mano; las enviava Barbarroxa en una fragata al rey de Francia, en las quales hay palabras de tan familiar amistad, quanto en ellas podrá bien ver quien verlas quisiese».

Terminando su discurso imperial con estas palabras dirigidas al rey de Francia y al Papa Paulo III:



«Donde, si ninguna dellas (se refiere las proposiciones, lucha a campo abierto, mutuos rehenes de sus hijos para la seguridad de la paz, etc.) quisiere, tomo a Dios y a V. Sd., como su Vicario en la Tierra, por juez para que si yo no tengo razón, V. Sd. me castigue. Y si la tengo V. Sd. ayude y favorezca contra los que la tuvieren. Con esto yo parto para Lombardía donde nos prepararemos para rompernos también las cabeças, quanto espero en Dios que será para el rey de Francia mejor a priori, y con esto acabo, diciendo y una vez y tres veces: Que quiero paz, que quiero paz, que quiero paz.

«Roma 1536».

Carlos V luchó con el piraterismo, el corso y el luteranismo; como si dijéramos Inglaterra, Francia, Flandes y Alemania; de otra parte, el Islam, o sea el Norte de Africa, equivalente al desierto de Sáhara, causa de las catástrofes bélicas de casi en todos los tiempos de la historia; así como también los españoles lucharon en América con los Trópicos y el Ecuador, cilicios del mundo y castigo de los hombres civilizados que engendraron su cultura en las zonas templadas de Europa, focos hogareños de la Religión y de la verdadera ciencia, la Teología, proyección de la sabiduría divina sembrada en el corazón de la conciencia de los hombres.

Léanse los pensamientos escritos por Carlos V en la Carta que dirige a los Reyes y repúblicas del Mediodía y Poniente y se verá claramente el sentido espiritual de la milicia del gran Emperador de Occidente, sentido espiritual que ha presidido la mentalidad de nuestra tradición política, reflejada admirablemente en el párrafo de la obra del penalista Alfonso de Castro, «De potestatis legis penalis», dedicado a la misión del jefe del Estado. Y todo ello consiste en que los reyes y caudillos españoles han tenido siempre un hondo sentimiento de religión fundado en la responsabilidad moral de sus actos con una proyección internacional. Y esto también se ve en todas las obras de Miguel de Cervantes, impregnadas de un fervoroso catolicismo, sin el cual no se puede comprender su creación artística.

Otro genial autor que también escribe *en católico* en su tragedia «Vida de Enrique V» acerca de la responsabilidad de los jefes de Estado, es William Shakespeare. El vulgo ha creído que este maravilloso dramaturgo fué esencialmente objetivo, y no hay nada más lejos de la verdad. Shakespeare fué católico; y, hasta lo confirma el luterano inglés autor de «Los Hombres Representativos», Carlyle; Shakespeare demuestra de una manera clarísima la relación entre las Armas y las Letras al meditar acerca del sentido cristiano de la guerra en la obra citada arriba. Shakespeare fué un genio que asimiló la cultura de su tiempo, dándole vida en la creación de sus personajes con una expresión puramente lírica y a través de un carácter intensamente comprensivo y lleno de inquietud.



tudes políticas y religiosas. Fué Shakespeare una poderosa antena de todas las ideas y pensamientos de su país y siglo.

Es curioso, Shakespeare no escribió más tragedia en su actualidad que la de la «Vida de Enrique VIII», en la que traza con verdadero amor la figura de nuestra paisana la reina Catalina de Aragón, de recio temple español y de firme religiosidad católica, en pleno reinado de Isabel, la hija de Enrique VIII. El príncipe que Shakespeare traza en la «Vida de Enrique V» es el ideal católico que en Europa forjaban los humanistas cristianos con una concepción irradiada de Roma y reflejo de Carlos V y de Felipe II, ideal destruído en Inglaterra por los próceres ansiosos de los bienes de la Iglesia y las clases medias enriquecidas con los despojos que de ellos quedaron, haciendo la revolución antimonárquica de una monarquía separatista.

Pero vamos a nuestro héroe D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba, que tan perfectamente encarnó el caballero católico y español.

Este caballero luchó toda su vida con los corsarios y piratas ingleses, holandeses y turcos, quienes le robaron a nuestra patria lo que con el sudor y heroísmo de nuestros descubridores de América habían conseguido después de evangelizar y civilizar su enorme territorio. Isabel de Inglaterra recibía el tanto por ciento de estos ladrones marítimos instituidos en puntales de su imperio, hoy destrozado por los laboristas, incapaces de conservarlo y sin sentir la grandeza de sus ulteriores organizaciones políticas; así como también les ocurre a los holandeses con sus posesiones ultramarinas. En cambio, España, conserva su imperio lingüístico y religioso, forma de un gobierno espiritual e insobornable.

Nuestro formidable capitán general de la Real Armada del Océano defendió los tesoros que traían nuestros galeones y los entregaba al rey, sin reclamar su sueldo y vendiendo sus fincas del reino de Murcia para poder vivir con sobria sencillez. Yo he encontrado un documento en el archivo del Hospital de Nuestra Señora de Gracia (hoy de San Juan de Dios), en el que manda a su administrador que las subaste, desde Lisboa, habiendo agotado sus posibilidades económicas. Cano y Urreta escribe en la semblanza de D. Luis estas expresivas e interesantes palabras:

«Quando murió pagó con dos años de enfermedad cruel y con la vida, la más importante fación que ha tenido en muchos años España, *sin cuydar de humanas recompensas. Viéndose morir tan pobre verdaderamente, que si la plata de su servicio no les pagara la caridad, no hubiera con que unos Santos religiosos le mudaran el cuerpo diez pasos de calle a vna pared de su Iglesia*».

En estas pocas palabras tiembla una realidad emocional que retratan maravillosamente el alma de un hombre, no nobiliaria, sino de Dios, que es la verdadera y única. En estas pocas palabras hay todo un sentimiento psicológico de andante caballería católica entrañada en la tradición quijotesca de las minorías espirituales de nuestra patria. En estas



palabras vibra la poderosa aristocracia genuinamente nacional fundada en el amor de Dios y la unidad de sus hijos en la Iglesia Universal y Romana.

Este hombre, hijo del marqués de los Vélez, caballero del hábito de Calatrava, Comendador del Moral y uno de los marinos más ilustres de España fué encargado por el rey Felipe III de ejecutar la expulsión de los moriscos de Murcia, acontecimiento político mal comprendido y estudiado por los autores extranjeros, fabricando la calumniosa Leyenda Negra, producto de la envidia internacional y motivo de un antiguo rencor alimentado hoy por la masonería en sus funciones anticatólicas, causando una enemiga universal y maliciosa.

Nadie se da cuenta de la importancia que esta Expulsión tuvo para el mundo civilizado. Cervantes, en su maravilloso «Coloquio de Cipión y Berganza», nos da noticia de la psicología individual y social de los moriscos, enemigos políticos y religiosos, así como también sembradores de supersticiones de las que nos dan cuenta muchos de los procesos de la Inquisición y en las manifestaciones folklóricas del paganismo popular, mejor, del vulgo que todavía palpita en el corazón colectivo de las multitudes, esencia de la tradición heterodoxa tan admirablemente estudiada por nuestro excelso Marcelino Menéndez y Pelayo en su estupenda «Historia de los Heterodoxos españoles», obra no bien digerida por nuestros pensadores agnósticos y contemporáneos, al creer que es un alarde de intolerancia religiosa. La actitud de D. Luis Fajardo estuvo completamente limpia de superstición, como lo demuestra su muerte, tan gloriosa como la vida de su heroísmo militar. La existencia del tremendo foco del pueblo morisco emplazado entre la cordillera Bética y Penibética y frente al bastión cristiano del reinado de Murcia, era un enorme peligro para el Cristianismo europeo, pues tenía preparada, en potencia, la invasión ayudada por ingleses, holandeses y franceses. La guerra de la Alpujarras fué otro Lepanto no agradecido por los pueblos luteranos y calvinistas que apoyaban también la ofensiva turca, el Islam de Oriente, para estrangular la cultura y civilización mediterránea capitalizada en Jerusalén, Roma, París y Madrid. Las gentes que forman el vulgo creyeron que la Expulsión fué la causa de la decadencia española, y esto no es verdad. Eramos pobres, como lo somos hoy, en el sentido económico, pero no en el espiritual, que es lo interesante. Dijo el inglés Ruskin que la creación literaria de Shakespeare valía por todo el Imperio Británico. ¡Es lo único que quedará en Inglaterra! Su orgullo ya se acabó por la desesperación de su aristocracia y el triunfo del laborismo!

Felipe II fué derrotado por el piraterismo inglés, cimiento podrido de su monarquía. Ya dijo Shakespeare que Enrique VIII fué *una mancha de grasa*; papa laico de una nación luterocalvinista-presbiteriana, sin más conexión, que la fenecida libra esterlina vencida por el dólar norteamericano, y si algo quedó de civilización en Inglaterra, fué porque



en su catolicismo anglicano conservó algo, mucho de la cultura y tradición latina, tema que merece estudiarse con interés, teniendo muy presente el sentido religioso que existe en la hondura espiritual de las obras de Shakespeare, capitán general de la literatura universal, como lo es nuestro Miguel de Cervantes con las suyas.

D. Luis Fajardo tuvo una formación humanista católica y una preparación militar marina en Italia, lo que hacen de él un prototipo de cultura mediterránea, tan bien expresada por el Dr. Cano y Urreta en la semblanza que comento, y que luchó en el Atlántico por la civilización europea, amenazada por los pueblos musulmanes del Norte de Africa y por los luteranos y calvinistas de Inglaterra, Francia y Holanda en América, más los moriscos en España, culminando su asesinato *hispanicida* en el tratado de París de 1898, arrebatándonos Puerto Rico, Cuba y Filipinas, bastiones del Catolicismo en el Atlántico y en el Pacífico, que todavía vive en las entrañas de su tradición y en la hondura de su religiosidad. Y como escribe el maestro Azorín:

«En 1546 la Reconquista era pesada: estaba en su plenitud la ocupación de América: Montaigne hubiese querido que en América se implantasen «virtudes griegas y romanas». Nadie lo hubiera hecho en Europa; hacerlo hubiera sido una *regresión en la Historia*. Hahía otras más altas y soberanas virtudes que infundir. España fué la mandataria de Europa en América; lleva a América el espíritu, tal como es, de Europa. Ningún europeo podrá levantar, en conciencia, su voz contra la actuación de España en América: no lo podrá tampoco ningún americano. España, al descubrir América, inaugura, universaliza el Atlántico («A. B. C.» del día 13 de agosto de 1951).

Vista y sentida la historia de España a través de la vida de hombres como D. Luis Fajardo, adquiere una expresión sorprendente e insospechada en pleno reinado de Felipe III, reinado en que empieza a declinar nuestra economía política. Ante esta leyenda malévola hay que reaccionar teniendo presente el pensamiento de nuestro Francisco de Quevedo, cuando escribe con egregia valentía mental y literaria:

«Poco lugar dió la edad pasada, embarazada de armas, a más de curiosos deseos del ocio que hoy alcanzamos, para que, agradecidos y deudores dél, en pago demos a la eternidad los peligros con que nos compraron la paz, amiga de las Buenas Letras».

«Hijo de España, escribo sus glorias. Sea el referirlas religiosa lástima de haberlas oscuras, y no a ningunos ojos sea la satisfacción en divulgarlas; pues del trabajo que un extraño pidiera nombre de curioso y docto, quiero solo el de reconocido y piadoso».

.....

«No nos basta ser tan aborrecidos en todas las naciones, que todo el Mundo nos sea cárcel y peregrinación, siendo nuestra España para todos



patria igual y hospedaje. ¿Quién no nos llama bárbaros? ¿Quién no dice que somos locos, inorantes y soberbios, no teniendo nosotros vicio que no le debamos a su comunicación con ellos? ¿Supieran en España qué ley había para que el lascivo, ofendía las leyes de la naturaleza, si Italia no se lo hubiera enseñado? ¿Hubiera el brindis repetido aumentado el gasto a las mesas castellanas, si los tudescos no hubieran traído? Ociosa hubiera estado la Santa Inquisición si los Melantones, Calvinos, Luteros y Zuinglios y Besas no hubieran atrevidose a nuestra fe. Y, al fin, nada nos pueden decir por oprobio si no es lo que ellos tienen por honra, y averiguado, es en nosotros imitación suya».

«Ya, pues, es razón que despertemos y logremos parte del ocio que alcanzamos en lograr lo que es España y lo que ha sido siempre, y juntamente que nunca tan glorioso triunfó de Letras y Armas como hoy, gobernada por D. Felipe III, nuestro señor. Dos cosas tenemos que llorar los españoles: la una, lo que de nuestras cosas no se ha escrito y lo otro, que hasta ahora lo que se ha escrito ha sido tan malo, que viven contentas con su olvido las cosas a las que no se han atrevido nuestros coronistas, escarmentadas de que las profanen y no las celebran. Y así, por castigo ha permitido Dios todas estas calamidades para que con nosotros acabe nuestra memoria. Pues aun lo que tan dichosamente se ha descubierto y conquistado y reducido por nosotros en las Indias, está disfamado con un libro impreso en Ginebra, cuyo autor fué un milanés, Jerónimo Bazon, y cuyo título porque convenga con la libertad de lugar y con insolencia del autor, dice: «Nuevas historias del Nuevo Mundo, de las cosas que los españoles han hecho en las Indias Occidentales hasta ahora y de su cruel tiranía entre aquellas gentes, y añadiendo la traición y crueldad que en la Florida usaron con los franceses los españoles».

«Causas son bastantes todas para tomar la defensa de España á cargo, u de lástima u de amor, quien la viere afligida».

Como se ve, el pensamiento de aquellos hombres tiene un valor de actualidad por su evidente lozanía y su jugosidad filosófica, y si no ved qué hondo cala nuestro Quevedo en la sustancia de la verdadera cultura nacional minoritaria:

«Las ciencias que *se aprendieron para vivir bien*, por la mayor parte se estudian *para sólo vivir*; pero eso con eminencia notable y envidiada de todas las naciones; pues en las ciencias sólidas, como filosofía, teología, leyes, cánones y medicina y escritura, todas las naciones nos son inferiores, si bien nos tratan de bárbaros porque no gastamos el cuidado de la gramática y humanidad; las cuales cosas, por ser inferiores, no las ignoran, sino que las desprecian los españoles. Y aun en eso y lenguas, que es su profesión, hay españoles que les dan cuidado y envidia a todos. Y así se ven hoy muchos pobres virtuosos en altos lugares, por



cuerda advertencia de Don Felipe III, que por costumbre que hubiese de premiar beneméritos».

Estos párrafos que copio de «La España defendida y los tiempos de ahora» constituyen un doctrinal de pura estirpe senequista, pero humanizada religiosamente por el catolicismo, una concepción vital de origen español, motivo que preside toda la economía filosófica de nuestro gran polígrafo, coincidiendo con la frase del comentarista de Alciato en sus «Emblemas», al escribir: «La religión verdadera sin sabiduría, se debe tener sino por superstición, la sabiduría sin religión es pura necedad». Vivir bien quiere decir vivir cristianamente. Este mismo pensamiento lo repite en su obra «La cuna y la sepultura», y en la que censura la rutina de acatar la autoridad del «Magister dixit», como dogma de la enseñanza universitaria, proclamando el predominio del espíritu sobre la letra, principio esencialmente cristiano. ¡La razón viva del Amor de Dios! Amor de Dios dibujado en el Evangelio de Jesucristo Nuestro Señor para gloria de Santidad de los verdaderos Hijos de Dios.

«Viéndose morir—escribe Cano y Urreta—y que dexaua dos hijos llenos de heridas, llenos de pensamientos gallardos; pero quan vanas las arcas, quan blancos los juros... y moría gozoso, no sólo porque los dexaua pobres sino porque los dexaua a sus costumbres, que iba confiado de que hauian también de morir pobres».

Tal vez pensase nuestro héroe al decir esto en las palabras que escribió Quevedo en su «España defendida»:

«Han empezado a contentarse los hombres de España con el heredar de sus padres virtud, sin procurarla tenerla para que la hereden sus hijos. Alcanzan a todas las puertas del dinero, o, por lo menos, se atreven bien que el oro nació con tal imperio en cudicia de los hombres; pobres, conquistamos riquezas ajenas: ricos, las mismas riquezas nos conquistan. ¿Qué vicio no ha abierto la puerta, con llave de oro la avaricia? Muchos en estos tiempos entierra la gula. ¡Qué cosa más fea y contra naturaleza guisar muerte para sí del sustento natural! Otros, del juego, que fué a moderados ánimos entretenimiento, hicieron oficio. Yo sé alimentar la fortuna en ellos de ciudades y estados, y si es perdición jugar lo que cobra, ¿qué será lo necesario? Grandezas hay que son dádivas del naípe y dados. Y así, en España heredan hoy a los más sus desórdenes y sus vicios, antes que sus hijos mujeres ni hermanos».

Si D. Luis no leyó estas palabras de Francisco de Quevedo, seguramente circulaban por las arterias del torrente espiritual de la cultura cristiana de las minorías españolas como un sacramento de su sentir religioso regando el cuerpo de la vida en funciones de Evangelio.



III

LAS LETRAS EN LAS ARMAS

En nuestra Biblia literaria nacional que es «El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha», escribe Cervantes estas expresivas palabras:

«Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas las armas, desde los pies a la cabeza; ya no hay quien sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, solo procure descabezar como quien dice, el sueño como lo hacían los caballeros andantes...».

«Ahora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teoría de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades de Oro y los andantes caballeros». (Cap. I. Parte II).

«Bien merece un gallardo caballero a los ojos de su Rey en mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso a un bravo toro; bien parece un caballero armado de resplandeciente armas pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o lo que parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las cortes de sus principes...».



«Mejor parece digo, un caballero andante socorriendo a una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero requebrando a una doncella en las ciudades».

Y vuelve a decir Cervantes, después de la Aventura de los Leones:

«...Porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente, toque y suba al punto temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir, el pródigo a ser liberal que el avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir a la verdadera valentía...». (Cap. XVII. Parte II).

Alguien ha dicho que «Don Quijote» es una obra que encarna nuestra decadencia, cuando es la crítica más intensa de la sociedad humana de todos los tiempos, escrita por un hombre todo heroísmo y comprensión, e impregnado de un fervoroso sentimiento católico de perenne actualidad. ¡Decadencia, cuando la gesta de nuestra epopeya hispano-americana se escribía con la sangre, el sudor y el pensamiento de nuestra patria, al brotar de los campos de Castilla, de los vergeles de Levante, de las pomaradas de Galicia y Asturias, de las minas de Vasconia... Los hombres con nervios de hierro y cerebro de Teología Imperial, que poblaron y evangelizaron verdaderas extensiones continentales, llevando su cultura y su derecho, su catolicismo, sus leyes de Indias!

Ante labor tan inmensa se comprende la pequeñez de la envidia internacional de nuestros incomprensibles enemigos en funciones de calumnia y de rencor, musas lamentables inspiradoras de unas historias no con estudio y con amor, sino con ira y falsedad.

¡Las Letras! ¡Las Armas! He aquí el eterno problema de toda la filosofía humana. He aquí toda la economía espiritual de la Tierra, que fué cayendo en manos de un humanismo sin fe, esperanza y caridad y de un existencialismo maquiavélico encubierto bajo la capa de la llamada Razón de Estado, emancipado de todo principio teológico, esencia de lo que hoy llamamos Hispanidad. El foco de la cultura mediterránea; Roma, fué el punto de contacto del humanismo con el cristianismo, y de este contacto brotó el mecenazgo del condotierismo militar, producto de un hedonismo degenerador de soldados valientes y aristocráticos. Las Letras al servicio de los egoísmos políticos de los Príncipes y al de los pueblos sin fe patriótica para su unificación peninsular; las Letras degenerando en un tremendo darvinismo intelectual con el nombre de maquiavelismo.

Maquiavelo es la representación más típica del intelectual que sufrió la tragedia más interesante del humanista sin verdadero fervor católico. En su espíritu chocan la religión y el sentimiento pagano de la vida sin luces de Evangelio. Bien claro se ve en estas palabras que Maquiavelo pronunció en un sermón, tomando por tema «De profundis» y citado



por su paisano César Cantú en su «Historia Universal», exhortando a la penitencia:

«Imitar a San Francisco y a San Jerónimo, de los cuales el uno para reprimir la carne y evitarle el poder de despertar en él inicuas tentaciones, se revolcaba entre zarzas, y el otro llevando el mismo objeto, se la ceraba el pecho con una piedra... Pero nosotros (añadía), estamos engañados por la lujuria, sumidos en los errores, y envueltos en los lazos del pecado; el diablo nos tiene en sus manos, y para librarnos de ellas, conviene acudir a la penitencia, gritar con Davil *Miserere mei Deus*, y llorar amargamente con San Pedro». De tal manera predicaba—escribe César Cantú—quizá un poco antes de escribir la siguiente serenata:

*Abre a tu amante las puertas cerradas
Deje el orgullo de empañar su faz;
Sigue de Venus y su corte el reino...
Si eres piadosa, encontrarás piedad.*

«La burla y la incredulidad constituyen, pues, el fondo de sus opiniones: su objeto es lograr un buen resultado».

Y en un párrafo anterior, Cantú sigue dibujando la psicología de Maquiavelo, diciendo:

«En los *Discursos sobre las Décadas* de Tito Livio no se muestra crítico ni historiador; no comprueba los hechos; lejos de notar los misterios del gobierno romano, ni siquiera sospecha su existencia; pero tomó pasajes de su autor, como entonces hacían los predicadores para que sirviesen de texto a los discursos sobre varias materias. No hay, pues, que ir a buscar allí la historia antigua sin continuas aplicaciones y el conocimiento de los hombres y la sociedad. En lo cual no aspira, como Montesquieu, a producir efectos, presentar antítesis y sostener temas caprichosos con documentos elegidos al caso o de intento; sino que se muestra convencido por experiencia propia, no importándole alcanzar fe o no. Para él, la única gloria es obtener buen éxito, y el mejor instrumento la fuerza, sea la de Esparta para conservar o la de Roma para conquistar. Reniega del Derecho; reniega también de Cristo, sustituyéndole no sé qué religión astrológica; reniega del progreso, diciendo que «si se quiere que una secta o una república viva largo tiempo es necesario hacerla retroceder a menudo a su principio». Según él, la humanidad, sometida al influjo de los astros, pasa en un círculo inevitable del bien al mal y al contrario, y en el orden político de la monarquía a la aristocracia, y de ésta a la democracia hasta que trae de nuevo en pos de sí al rey».

No cabe más ingenuidad en un historiador como Cantú, al dar una noticia tan importante para el conocimiento de la personalidad de un



hombre tan nefasto para el pensamiento de Europa. Maquiavelo es supersticioso e ignorante de la doctrina cristiana, cosa que le llevó a un darwinismo biológico sin espiritualidad evangélica y sin cultura teológica. Lo copiado es suficiente para ver claramente el peligroso paganismo que se apoderó de este hombre proclamado como el más formidable filósofo de la política en su función gubernativa. Además ¿qué podía este hombre, llevado de su fatalismos astrológico, aconsejar a los jefes de Estado sino los principios biológicos de la lucha por la existencia, fundados en la hipocresía astuta y la barbarie selvática de seres, que sin luces de Evangelio y sin un sentido de responsabilidad escriben, justificando la moral pagana, es decir, irracional, que es lo mismo; pues es evidente que la racionalidad es de origen divino, mejor, sobrenatural, especulativo y de la que se deriva toda la ciencia de los hombres cuando sienten la emoción religiosa de la vida. Tal vez Maquiavelo no sea él solo el autor de la formación del maquiavelismo en el mundo; Maquiavelo escribió su libro «El Príncipe» sin pensar en la responsabilidad que le cupo en tan atroz intelectualismo anticristiano. Claro es que no todo él es despreciable; tuvo clara visión de muchos aspectos de la milicia en cuanto a la concepción aristocrática de las ramas en sus funciones de justicia. Pero a Maquiavelo no se le ha estudiado bien, pues es necesario el conocimiento de su vida y conciencia personal para comprender su realidad histórica más intensamente.

César Cantú en su «Historia universal» nos traza un retrato admirable de este hombre que de ser bueno se jacta en la carta que escribe a su amigo Vittori, escrita el día 10 de diciembre de 1513, y fechada en su quinta de las cercanías de Florencia. Carta maravillosamente redactada por la sencillez y naturalidad con que expresa sus pensamientos e ideas en ella. César Cantú exige una lectura lenta y meditada por la importancia de sus pensamientos al enjuiciar la vida y obras de Maquiavelo. Pero en fin, lo dejaré para otra ocasión de otro ensayo acerca de este personaje italiano tan importante. Así como también acerca de nuestro Saavedra Fajardo en sus «Cien Empresas», sin olvidar los «Días del Jardín» del Dr. Cano y Urreta. Saavedra Fajardo y Cano Urreta son anti-maquiavélicos eminentes en las ya citadas obras y el formidable Quevedo y Cervantes lo son en las suyas. Casi todos los ingenios nacionales proclaman el libre albedrío del sentimiento espiritual como esencia y fundamento de la vida racional. Si Maquiavelo creía en el fatalismo astrológico ¿cómo iba a sentir la responsabilidad y las consecuencias de sus tremendos escritos? Comparadlo con el fuerte pensamiento de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba, libre de la miserable paganía del escritor florentino, y se verá la diferencia de actitud vital entre ambos. Cano y Urreta escribe:

«Feliz, pues, en todo lo juzgo; más feliz en la muerte por santa, por quieta, por purgada. ¡Qué desengaño mostró en ella de las vanidades de



los mortales! ¡Qué desprecio de humanos intereses! ¡Qué confianza tan firme en Dios! ¡Qué rendimiento a su voluntad! ¡Qué en la enfermedad! ¡Qué entereza en sus dolores! En dos años que el mal de piedra con intensísimo dolor le enflaqueció el cuerpo para que la muerte se atreviera y le purificó el alma para que la habilitara para el premio de la gracia no faltó a sus despachos, ni a la correspondencia, ni a las visitas, ni a su compostura y severidad, tan sin quejarse, tan sin afligirse, que sólo esta venció las demás señales de la enfermedad y engañó los mejores medios para que nunca se persuadieran que podía haber en un hombre con tan insufrible mal sufrimiento tan notable. Antes mostraba en el rostro, al que más flaco cierto gozo y alegría salidas sin duda del alma que reconocía aquella pasión, particular dicha, y beneficio del cielo, como sujeto en materia de tan heroicas virtudes».

Así moría un verdadero cristiano; así terminó un hombre de bien y magnífico español, después de una ejemplar existencia. Tras las tinieblas, la luz esplendorosa de la inmortalidad en la gloria de Dios. Si este hombre español de Armas y Letras hubiese escrito libros ¿qué cosas hubiese dicho de las ideas de Maquiavelo? Fácil es adivinarlo. Cano y Urreta escribió lo que oyó y vió de la vida de D. Luis, historiando maravillosamente, cómo sufrió el dolor como un instrumento de glorificación, de santo anhelo, de hambre de Dios; pena gozosa de todas las almas elegidas y selectas. Napoleón muere en la isla de Santa Elena gritando «¡Imperio, Imperio!». El Imperio deleznable de su afán de dominio, basado en las armas de su ejército, ¡qué diferencia! Su libro favorito fué «El Príncipe» de Maquiavelo. A D. Luis Fajardo le entierran por caridad unos religiosos; a Napoleón con honores de un General sin un ideal de eternidad amorosa. El primero, deseando que sus hijos muriesen pobres, el segundo repartiendo coronas a toda su familia, bien repletas sus arcas con los despojos de sus fulgurantes victorias, y la colección de sus Generales ambiciosos y competidores de su fama y vanidad. En Napoleón todo es teatralidad, en D. Luis todo humildad y sencillez. Un Plutarco del período actual de nuestra tradición española hubiese escrito las «Vidas paralelas» de Fajardo y un Drake, por ejemplo, y ¡qué distinta calidad espiritual la de ambos!

La vida de D. Luis tuvo resonancia en su tiempo, pero en el presente apenas si se le nombra, injusticia incalificable que es necesario reparar con la alta estimación del valor de su indiscutible sustancia humana. Gracias a que Francisco Cascales en sus «Discursos históricos» puso de relieve su personalidad aristocrática por todo el ámbito nacional e internacional. Y ¡qué distinto de su hermano, el tercer marqués de los Vélez y adelantado mayor de Murcia en el último tercio del reinado de Felipe II. D. Pedro Fajardo de la Cueva quien, afanoso de honores y cargos de las cortes y mezclado en el tremendo asunto del secretario del rey, Antonio Pérez, confiesa en una carta que tenía «podri-



das las raíces de su conciencia», citada por Gregorio Marañón en su obra «Antonio Pérez», retirándose desengañado a sus estados de Vélez-Rubio, muriendo antes de llegar, abrumado por la pesadumbre de su fracaso político y cortesano en la plena amplitud de la llanura manchega y víctima de su propia vanidad y orgullo. El marqués de los Vélez, ansiando oropeles de prebendas y veneras de la decoración fanfarrona; D. Luis, su hermano, luchando toda su vida con los verdaderos enemigos de España, muriendo pobre y con una entereza enorme y una fe religiosa de roca cristalina depurada por el dolor de una terrible enfermedad y entregando el dinero arrebatado a los piratas del Atlántico a su rey.

Como digo en párrafos anteriores, todos los autores, al escribir queriendo crear nuevos sistemas filosóficos, no hacen más que justificar los deseos de sus pasiones, tejiendo la psicología de su sentimiento íntimo en la historia de su conciencia que es la verdad humana en su esencia espiritual. Alguien dirá que mi ensayo carece de la debida documentación bibliográfica y archivera necesaria para escribir sobre los movimientos de las colectividades sociales que forjan los hechos históricos. Pero cuando se quiere explicar esos hechos de significación general nos encontramos siempre con los hombres, con grupos de hombres que una vez que provocan un acto multitudinario por la sugestión de su poderosa personalidad espiritual se descomponen en la complejidad de sus individualidades. Y todo consiste que el movimiento de las llamadas *masas*, ocurre como con los cambios de la atmósfera en su desconocida dinamicidad atómica. Si un átomo es microscópicamente un sistema planetario en su pequeñez infinita, basamento desconocido de la arquitectura cósmica, ¿qué no ocurrirá con los hechos de los hombres? Sólo un Dios infinito puede conocer y disponer los acontecimientos de lo que llamamos historia, que no es más que el desarrollo del Pensamiento Divino en funciones de Creador, y que únicamente el hombre puede entender mediante su memoria, entendimiento y voluntad, instrumentos del alma en su trayectoria terrestre a través de los siglos. Todo esto quiere decir que en el almacén del olvido quedan oscurecidas biografías espirituales como la de D. Luis Fajardo en la parte más interesante para los historiadores que buscan en la tradición el sentido religioso que impulsa todos los actos que van realizando. Ya el gran Plutarco dice en sus «Vidas paralelas» que las acciones humanas, por insignificantes que sean, tienen una influencia no despreciable en la totalidad del tejido vital de la historia universal.

El sistema planetario de la biografía de nuestro D. Luis Fajardo, o sea, del microcosmos, como decían los pensadores medievales, o atómico, como se dice ahora, tiene en su murcianidad española una importancia todavía no bien comprendida. Su acción guerrera se desarrolla en la magnitud marítima del Atlántico y en la pequeñez del baluarte monta-



ñoso de la Bética y terminación del sistema Ibérico, en el cruce geográfico de los pueblos del norte de Africa y S.O. de Europa. Dos civilizaciones se encuentran frente a frente, dos ideales religiosos que chocan y luchan por conquistar el mundo mediterráneo; el cristiano y el morisco en la diversidad de sus caracteres y temperamentos personales. Cervantes así lo comprendió en su «Diálogo de los perros».

«Las letras en las Armas» título este capítulo y a ello me voy a referir, limitándome a escritores que a mi juicio han tratado claramente este problema tan trascendental en la vida de los hombres que tengan inquietudes cristianas encendidas en la lámpara de su inteligencia, al tener la visión de su destino teológico. Shakespeare, Quevedo, Cervantes y otros.

Un hecho de Armas en la vida de D. Luis Fajardo es el de la toma de la Mamora, puerto moro del Occidente de Africa. En él, nuestro marino, maestro de Oquendo, realizó una acción bélica digna de comentarse a través de la literatura; la obra teatral de Tirso de Molina «Marta la piadosa» y algunos versos de Luis de Góngora, «Las cien empresas», de nuestro Saavedra Fajardo...

Escribe en la relación que se envió a su Majestad, D. Luis Fajardo:

«Hoy se ha dicho misa en la tierra dando las gracias a Nuestro Señor, que es a quien se debe todo y él que lo ha de favorecer, como cosa suya. Fecha en el puerto de Mamora a 7 de agosto de 1614 años».

He aquí el colofón de este hecho de armas tan expresivamente español por el carácter religioso que lleva en las venas de su significación histórica; los hombres son instrumentos de Dios. Pero, qué duda cabe de que entre los hombres-soldados habría alguno que le llevaría a la guerra su necesidad, y los dineros, que «si los tuviera, no fuera a ella», como cantó aquel mocito que Don Quijote, digo, Miguel de Cervantes, en el capítulo XXIV de la II parte, se encontró en el camino de sus aventuras. Capítulo que es tal vez la sátira más tremenda contra los hombres que van a luchar por el botín y el saqueo de las ciudades, campos y pueblos que conquistan llevados de sus perversas pasiones instintivas. Los hombres que llevan a Dios en su corazón no cometen tales delitos; si hombres que como el hermano de nuestro D. Luis aspiran a cosas percederas y lamentables.

El puerto de la Mamora, próximo a Larache, en al costa marroquí, era un nido de piratas internacionales, agazapados en esta cueva marina para lanzarse en corso a los galeotes españoles que venían cargados de tesoros traídos de las Indias Occidentales, que, al llegar a nuestra Patria, cayeron en manos de banqueros genoveses, alemanes, suizos, franceses, etc., enriqueciéndose a costa del heroísmo nacional que derrochó el señorío quijotesco de nuestra aristocracia militar, despreciando una aristocracia como la de D. Luis Fajardo, una aristocracia que limpió a España de judíos y moriscos, que si muy trabajadores, muy sórdidos



y supersticiosos. Vino la tan cacareada decadencia económica de nuestra Patria, producida por los intelectuales que fundaron con sus sofismas leguleyos más mayorazgos que los guerreros con sus victorias y conquistas. Como afirma nuestro Quevedo: «Pobres, conquistamos riquezas ajenas; ricos, las mismas riquezas nos conquistan». Es un axioma afirmar «la riqueza nos hace cobardes, la pobreza nos hace valientes», cuando un ideal cristiano alumbró nuestra conciencia divina. Buen ejemplo de ello es D. Luis Fajardo. La santidad es milicia luchando con las pasiones propias y con las de los prójimos. ¿Qué hubiese sido de nuestra Europa sin la batalla de Lepanto y sin la de Trento? Un imperio turco que si se adelanta hoy en Ciencias y en Letras es a condición de europeizarse, es decir, de cristianizarse, como tan cumplidamente lo mostró el insigne arabista Asín Palacios en sus maravillosas obras, sobre todo en «El Islam cristianizado». El Evangelio está ya potencial, ya virtualmente, en las entrañas de la tradición humana; digo virtualmente porque su energía espiritual palpita con divinidad desde la Creación del Mundo. La peor plaga de la humanidad es la superstición, la magia, la Cábala, la astrología, herejías que la Inquisición ha perseguido constantemente. El catolicismo es luz y no tinieblas, amor y no odio. Los mercaderes, los ricos artesanos, los humanistas que rodearon la Catedral, fundamento de la ciudad, allegaron tesoros debilitando el espíritu católico de sus habitantes y corrompiendo su sencillez y buena fe religiosas.

Y no se crea que el tipo de nuestro ejemplar héroe fuera mejor ni peor que el nuestro; pensarlo así, es un formidable error de perspectiva secular, de minoría intelectual y cordial. Sólo el espíritu verdaderamente cristiano triunfa de todas las inclemencias del clima social de la existencia humana, como ocurre con el sentido religioso de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba, quien, después de la toma de la Mamora, oye misa y con una maravillosa naturalidad afirma «...que Nuestro Señor es a quien se debe todo y el que lo ha de favorecer, como causa suya». Y no es una frase vacía, sin una vitalidad psicológica, sino una realidad humanísima de un evidente sentimiento entrañado en el corazón de este catalicísimo señor de España. De este militar que realizó la Expulsión de los Moriscos, tan perversamente interpretada y maliciosamente propagada por todos los escritores extranjeros. Sin ir más lejos, el autor ruso Merejkowsky en un ensayo acerca de Cervantes escribe:

«No solamente en la historia de España, sino en la historia universal, es difícil encontrar un hecho más indignante que el destierro de un millón y medio de moriscos, *élite* laboriosa de la población española, llevada a cabo por el rey Felipe III en 1610. Cervantes ensalza al rey fanático por haber dado esta inaudita prueba de despotismo y pone esta grosera, esta indigna lisonja en boca de una de las víctimas de la injusticia, de uno de esos moriscos desterrados. Califica Cervantes el hecho de «gallarda resolución», de «inspiración divina de Su Majestad». Y esto



«No dice un ruso, no ya de esta generación, sino de la última mitad del siglo XIX y primera del XX, de la generación de Dostoiewsky, de Tolstoi, Turgueniev».

Pensemos un poco. Pensemos por un momento que los moriscos, ayudados por franceses, ingleses, holandeses, flamencos y demás enemigos eternos de España, hubiesen conseguido invadirnos. ¿Qué hubiese ocurrido en Europa? A esta pregunta hay que contestar con la cabeza y con el corazón, limpios de prejuicios y malévolas intenciones, con conocimientos documentales, con sincera comprensión cordial, como si fueran los hombres verdaderos quijotes de la vida humana, y fervorosos caballeros que sepan defender su Dulcinea, que es la verdad conquistada con amor y estudio y proclamada con justiciera espiritualidad cristiana. Todo lo que no sea esto, es ahondar en la profunda herida de la trágica Leyenda Negra, tan bien estudiada por el malogrado escritor D. Julián Juderías en su estupenda obra así titulada. Pero con la historia ocurre como con las islas madreporicas del mar Pacífico; cuando el nivel del mar baja, vése en el pedestal de sus cimientos una infinidad de seres coralinos que al morir se petrificaron formando bellas ramificaciones de hermosas coloración. Así, en el fondo de la tradición de la sociedad humana, viven individualidades que mueren sin el estruendo de los acontecimientos que tapizan el grandioso escenario de la existencia en la humildad silenciosa de lo desdeñado por su aparente insignificancia. Todos los hombres que mueren cimentan el pedestal de las enormes personalidades que brotan en el teatro del mundo.

Cuando las aguas colectivas del mar social rebajan su nivel político, los hombres de carne y hueso nos dan la impresión de su verdadera vida en la intimidad de sus hogares, en la profundidad de sus pasiones, en la sencillez de sus pensamientos y sentimientos. La fisonomía cambia la expresión de la tradición en su entrañable realidad temperamental y psicológica. Ante todo hay que advertir que la unidad divina de los hombres no se opone a la variedad personal. Todos los árboles, arbustos y plantas del jardín en que escribo, tienen una armonía que le concede una personalidad característica e inconfundible, un alma vegetal y un sistema planetario de relaciones cósmicas en su bella y encantadora pequeñez, y es que el espíritu de Dios circula por él, dejando la huella luminosa de sus colores y la vibración de su vitalidad aromosa sin confundirse con ellas.

Nuestro D. Luis Fajardo muere en un rincón de la tierra, dejando en ella el rastro heroico de su existencia ejemplar de caballero católico y español dejando de este hombre la imagen fugitiva de su espiritualidad en la bella semblanza del Dr. Cano y Urreta escrita en un momento de sinceridad narrativa.

Las Letras en las Armas. Las Ciencias en las Armas». Se dice en la obra de nuestro ingenio D. Diego Saavedra Fajardo «Las cien empresas».



Universidad y Milicia: Porque de la Catedral de la baja Edad Media arranca lo laico de las disciplinas de las Ciencias y de las Letras en la docencia de su cultivo magistral, imperio de la Teología y el gobierno del Papado, Universidad ecuménica de la tierra en su alta función espiritual. Pero las Ciencias en las Armas es una nueva concepción de la Milicia y del Estado, salvo en España, como lo demuestran las palabras que D. Luis Fajardo escribe en su información respecto de la toma de la Mamora: «Hoy se ha dicho misa en la tierra, dando las gracias a Nuestro Señor, que es a quien se debe todo y el que lo ha de favorecer, como causa suya».

Entre la Ciencia y la Milicia hay una relación polémica así como entre la religión y las pasiones humanas, polémica de la que brota la santidad del ideal cristiano, cuando se funde y armoniza con la divina personalidad de Jesucristo Nuestro Señor, según su Evangelio.

Todas las obras de nuestro Saavedra Fajardo giran en torno de las relaciones que debe haber entre las Ciencias y las Letras con las Armas, y así lo es en todo lo que en el mundo se piensa y se siente, es un problema de perennidad vital, y la prueba de ello está en que las guerras jamás se terminan en la tierra, ni se terminarán mientras hayan pasiones en perpetua fermentación humana. Los hechos históricos tienen una realidad psicológica y es necesario estudiarlos teniendo en cuenta todos los aspectos de que son susceptibles en su íntegra personalidad; al mismo tiempo que voy escribiendo este ensayo, leo el «Manuscrito remitido de la isla de Santa Elena por conducto reservado. Publicado en Londres por Murray en 1817», escrito atribuido a Napoleón Bonaparte y muy interesante para comprender el sentido providencialista de los hechos humanos, impulsados por el soplo divino del espíritu de Dios. En este escrito se ve la evidencia del providencialismo que presidió la vida de este grandioso monigote del teatro mundial, escenografiado por nuestro Calderón de la Barca en su maravilloso Auto Sacramental. Vamos a verlo.

Napoleón en 1795 y a los 26 años de edad, obtiene una pequeña victoria militar luchando con un grupo de la *chusma* (sic) revolucionaria que atacó la Sala de la Convención. Y Napoleón escribe: «Este acontecimiento de tan poca importancia en sí mismo tuvo con todo *las mayores consecuencias, porque impidió a la Revolución retrogradar...*».

«Esto me valió el grado de General de división, y me dió alguna celebridad. Como el partido vencedor no estaba tranquilo enteramente, me quiso tener cerca de sí y fué bien a mi pensar, porque yo no deseaba sino hacer la guerra en mi nueva graduación».

«Viéndome pues en París sin ocupación alguna, sin relaciones, y sin más conocimiento que el de Barrás, empecé a frecuentar más su casa: en ella fué donde ví y conocí a mi primera mujer, *que tanta influencia tuvo después sobre mi vida, y cuya memoria me será siempre preciosa*».



«No había nacido yo insensible a los encantos del sexo; pero todavía sus caricias no me había enfatuado: esto unido a mi carácter me hacía tímido al lado de toda mujer. Madame Beauharnois fué la primera que supo inspirarme alguna confianza». Por último, Napoleón, enamorado de la Beauharnois, por haberle elogiado sus talentos militares e impulsado a casarse por su amigo Barrás, por la importancia que suponía en el ascenso de su carrera militar y política, Napoleón escribe:

«Este enlace me hizo tomar otra actitud. Se había establecido bajo el Directorio de una jerarquía social, en que ya me veía a buena altura, y mi ambición no podía parecer ya desatinada, porque podía aspirar a todo».

En el primer párrafo que copio se ve bien claramente que es una ratificación de lo que escribió Plutarco en sus «Vidas paralelas». Tan pequeño suceso hizo que la Revolución *no se retrogradase* y por concatenación de sus consecuencias Bonaparte ascendiese a General, y así toda la epopeya de su ambición y orgullo, resortes de su vitalidad guerrera y política, como todo lo histórico, está sometido a su esencia, que es la posteridad en su función de sugerencia, se presta a diversas interpretaciones al ser recordados por el actor de los hechos narrados, Napoleón no hace más que expresar el pensamiento de sus ambiciones y el zig-zag de sus acciones. Si Napoleón no tropieza con la admiración de una mujer, el sesgo de la Historia Universal hubiese cambiado el rumbo de los acontecimientos humanos en el desarrollo universal de la política europea. ¿Hubiese pensado nunca Napoleón en su trágico final en Santa Elena? Cuando se dice que si la nariz de Cleopatra hubiera sido más larga produjera otro viraje en la historia, es sencillamente una verdad evidente. En el tablero polémico de la vida humana, las piezas del ajedrez social, ocurren las cosas como Dios quiere.

D. Luis Fajardo siente la omnipotencia divina confesando una verdad que a Napoleón no se lo permitió el orgullo satánico de su vanidad. D. Luis Fajardo muere en medio de terribles dolores, sintiendo la alegría religiosa de ir hacia la piedad que Dios concede a los humildes de corazón; a los que creyeron con verdadera fe su axiomática existencia sin violentar su conciencia cristiana. Lo más esencial en los hombres es el sentimiento religioso, que es el motor de su espíritu y de su invisible energía inmortal. Napoleón es fatalista, cree en el destino, por no comprender la esencia divina de lo sobrenatural. Hipólito Taine en su obra «Los orígenes de la Francia contemporánea» afirma que la revolución francesa tuvo una de sus principales causas en la presión más o menos intensa de la atmósfera en la tierra, al producir una tremenda sequía; el hambre determinó la tragedia más sangrienta de Europa. ¿Fué esto verdad...?

Comentando Merejkowsky una obra de lord Reevery acerca de Na-



poleón, escribe al estudiar el principio religioso de la vida de éste, estas oportunas palabras:

«Rosevery se equiva únicamente en una cosa. Piensa que si no hubiera habido un Waterloo, después de Santa Elena, Napoleón hubiera dicho al fin: «Ya es bastante» y hubiera dejado de guerrear, siendo próspero su reinado, no, nunca este hombre hubiera dicho «¡Bastante!», no se hubiera detenido, no hubiera podido hacerlo aunque quisiera.

*...Mensajero de la Providencia,
fatal ejecutor de sus insondables deseos,*

no se movía por su propio grado. Alguien lo había lanzado, como quien lanza una piedra. Continúa describiendo aquí abajo la infinita parábola cuyo origen está allá arriba, de donde había sido lanzado. Su vuelo no hace sino pasar a través de nuestra esfera terrestre, como el del meteoro. Y los hombres adivinan en él este elemento extraño, «la fatalidad». También tiene conciencia de ello el culto del destino, *es su única religión*».

No se puede expresar mejor y en tan pocas palabras la psicología del gran muñeco militar que fué Napoleón, de este hombre que exclama: «—Y el Papa, el Papa, ¡cree en Cristo... por las buenas!» con un asombro que no es fingido. Y no obstante, añade: «—Hay que estar loco para afirmar que morimos sin arrepentirnos. Hay tantas cosas en este mundo que ignoramos, que no podemos explicar!».

Y Merejkowsky escribe:

«Su actitud hacia la religión es la misma que hacia la revolución. Y parece que en esta correspondencia, precisamente esté la llave de todo su enigma. Su repulsión hacia la revolución y hacia la religión proviene de la misma fuerza trascendente o de la misma impotencia».

«Hijo de la Revolución es un hijo que no piensa más que en asfixiar a su madre». —observa lord Rosevery.

Esta aversión de Napoleón es moral, intelectual, metafísica y al mismo tiempo, psicológica: está en su carne y en su sangre. Ha visto demasiado cerca esta revolución, ha sentido sus efectos en su propio ser».

Napoleón fué un tragediante, un comediante del gran Teatro del Mundo, como escribe nuestro genial Calderón de la Barca, en su estupendo Auto Sacramental. Y Merejkowsky termina su estudio napoleónico:

«Si hubiera sido un hombre religioso no hubiera podido hacer lo que he hecho», confesaba un día, y de todas sus confesiones es la más profunda. Cierto, si hubiera sido un hombre religioso no hubiera podido hacer lo que hizo. Pero no nos toca a nosotros juzgarle sobre este punto. Pues, a pesar de todo, hizo aquello para lo que fué enviado a este Mundo».



Napoleón actuó según las circunstancias que iban condicionando la trayectoria de su vida y cuya esencia es sobrenatural. En este hombre predominó el sentido de las Armas sobre el de las Letras; la vanidad y el orgullo sobre la humildad y la caridad. Murió grabando con una navajita una N en una tabaquera de oro al mismo tiempo que vomitaba un líquido negro y espeso, y más tarde preparando con todo detalle litúrgico la pompa de sus funerales sin pensar jamás en el más allá sino en la escoria de la tierra, exclamando al final: «¡Francia... Ejército!». digo yo.

Cano y Urreta escribe de la muerte de D. Luis Fajardo:

«Feliz, pues, en todo lo juzgo; más feliz en la muerte por santa, por quieta, por purgada. ¿Qué desengaño mostró en ella de las vanidades de los mortales? ¿Qué desprecio de humanos intereses? ¿Qué confianza tan firme en Dios? ¿Qué rendimiento a su voluntad? ¿Qué paciencia en la enfermedad? ¿Qué en sus dolores?...

Napoleón no fué en la historia otra cosa que un fetiche adorado por el vulgo, justificando las pasiones instintivas del mismo; teatralidad de trágica esplendidez, coronando la canalla soldadesca de su ejército sin un fin cristiano capaz de dotarlo de un alma responsable de sus acciones ante el Tribunal del amor de Dios. Rusia y España fueron la determinante de Santa Elena, castigo de su soberbia satánica, administrado por Inglaterra y financiado por la banca judaica de los hermanos Roschild, jefes mercantiles de Europa y hoy agazapados en el Kremlin soviético, buitres que picotea las entrañas de los infelices vasallos de Stalin, arrebatándoles el alma y hundiéndolos en la miseria más espantosa.

El hombre español que supo definir luminosamente la nobleza militar fué el ingenioso capitán aragonés Jerónimo Ximénez de Urrea en su ya citada magnífica obra «Diálogo de la verdadera honra militar», y a él nos debemos atender para bosquejar la personalidad de nuestro D. Luis Fajardo, hombre de selección, de minoría y no vulgo. Este siempre obra según sus egoístas intereses y no según un ideal de esencia cristiana que sólo un reducido grupo de hombres selectos es capaz de realizar como santos reyes, guerreros, poetas, pensadores, teólogos y artistas, alumbrados por la doctrina del Evangelio.

D. Luis Fajardo fué un caballero cristiano español en toda su significación social e íntima y, en plena decadencia, cuando los buitres internacionales le roían las entrañas de su cuerpo, mas no pudieron con su alma católica, encarnada en la conciencia de sus minorías y con la energía creadora de su inspiración literaria y artística en el impulso místico de su vuelo teológico. Tal vez parezca esto que escribo una serie de lugares comunes, y no lo son; deberían nuestros pensadores leer las obras morales, políticas y religiosas de nuestro Quevedo y explicarlas en las cátedras de las Universidades con toda la fuerza de su verdadera significación y responder a las exigencias de su energía espiritual en funcio-



nes de educadora patriótica para poner la ciencia al servicio de la religión cristiana. Deberían saber que nuestro señor D. Quijote es la simbolización del hombre que quiere salvar su alma antes que ser Emperador del Mundo; y bien, ¿qué hemos conseguido con tanta técnica, tanta mecanografía y tanto hedonismo materialista? El verdadero Emperador es hoy... ¡la Máquina! ¿Qué nos ha traído la democracia? El dominio de las masas, el vulgo elegido en dueño numérico de los polichinelas que aparentemente gobiernan cuando en realidad son gobernados por el hombre medio de la calle.

La verdad nos hará libres y no la máquina. El honor nos hará hombres y no la biología emancipada del Evangelio. El honor es la mayor conquista de la personalidad humana que brota del Sagrado Corazón de Jesús, al sentir la emotividad santa y grande de su credo.

* * *

Cuando se leen y estudian con espíritu de amorosa comprensión vidas como la de D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba, los hombres de buena voluntad sienten el placer de poder pertenecer a progenie tan admirable y digna; esta es la razón de mi ensayo y la justificación de mi afán al escribirlo. Ensayo que lo forman un puñado de sugerencias impregnadas de un hondo españolismo y de una sinceridad religiosa católica, síntesis de nuestra civilización mediterránea y cuna de la personalidad humana en su proyección europea.



IV

El poeta Luis de Góngora y la toma de la Mamora

No pretendo que la toma del puerto africano de la costa atlántica tenga la importancia política y militar de la batalla de Lepanto en la secular trayectoria histórica del mundo, ni mucho menos, sino que a través del pensamiento de nuestros literatos véase palpitar un poderoso latido de vivencia ambiental en el espíritu social del pueblo y que nos hace contemplar la realidad del subsuelo histórico de la tradición española, escondido en los repliegues de la vida no narrada por nuestros cronistas, salvo Francisco Cascales en sus «Discursos históricos», por creerla insignificante y de poca importancia. La toma de la Mamora por D. Luis Fajardo en 1610, en pleno reinado de Felipe III, tiene una significación del carácter temperamental de nuestra patria.

Los sonetos que copio de Luis de Góngora tienen un valor puramente caricaturesco, un dejo de sátira que constituye una contrarréplica antiepopéyica de este acontecimiento militar.

El autor de «Soledades» escribe el soneto siguiente:



DE LA JORNADA DE LARACHE

- ¿De dónde bueno, Juan, con pedorreras?
 —Señora tía, de Cagalache.
 —Sobrino, ¿cuántos fuistes a Alfarache?
 —Treinta soldados en tres mil galeras
 —¿Tanta gente? Tomémoslo de veras.
 —¿Desembarcartes, Juan? —Tarde piache!,
 que al dar un Santiago de azabache,
 dió la playa más moros que veneras.
 —¿Luego es de moros? —Sí, señora tía.
 Mucha algaraza, pero poca ropa.
 —¿Hicieron los perros algún daño?
 —No, que en ladrando con su artillería,
 a todos nos dió cámaras de popa.
 —Salud serían para todo el año!

¿A quién iba dirigida esta grosera flecha poética de Góngora? Nada menos que a D. Juan de Mendoza, marqués de San Germán, general de la flota española del Océano Atlántico y quien, en 1609, y al intentar la toma del puerto de Larache, se retiró por no encontrar oportunidad para llevar a cabo dicha empresa, y por las dificultades que ofrecía el estado del mar y la intrincada estructura geográfica del puerto.

Es más, el gran historiador Cabrera de Córdoba en sus «Relaciones» recoge rumores incompletos e inexactos de la expedición a Larache, y de cómo su jefe había caído en desgracia del rey: «Ha quitado S. M. al marqués de San Germán—dice Cabrera de Córdoba, pág. 384, con fecha de septiembre de 1609—, el cargo de General de la caballería de España, diciéndole que no *se tenía por bien servido de él en el cargo*». A pesar de todo, como el marqués era protegido por el duque de Lerma, se le doró la pildora, concediéndole ciertas encomiendas y gajes.

Este es el momento en que el poeta dispara contra el general, a quien se responsabiliza del segundo fracaso—y a quien como antes a Santa Cruz se tildaba de cobarde en los corrillos de los mentideros—como el otro soneto: «Llegué, señora mía, a la Mamora» (núm. 334)—halló cabida en la edición de Juan López de Vicuña, por buenos respetos, fueron eliminados ambos sonetos de la de D. Gonzalo de Hoces y Córdoba, «Todas las obras en varios poemas» (Madrid, 1633).

A nuestro parecer—dicen los autores de quienes copio—las intencionadas puyas del soneto coinciden con la relación de la expedición de 1609 y no con la de 1608, y lo de «Sobrino Juan» zahiere a D. Juan de Mendoza. No importa que al tomarse la plaza, celebre Góngora (en la poesía que comienza a «Larache, aquel africano») «al glorioso San Germán, rayo militar cristiano» y que después vuelva a resucitar (en el soneto «Llegué, señora mía a la Mamora») a su burlesco personaje: haciéndole afirmar de la Mamora, hoy miércoles, «pues los poetas satíricos son capaces de esas cosas y de otras muchas mayores inconsecuencias».



Como se ve, Gongora se hizo eco de las hablillas de la corte, y lanzó sus poéticas gacetillas sin estar bien documentado del suceso de la Mamora. Lo que significa que en aquel tiempo, como en todos, se reproduce el ambiente polémico entre las Armas y las Letras, eterno combate de las pasiones humanas en la plenitud de su vivencia histórica. Así, en el vientre espiritual de la expresión literaria de los escritores se encuentra la esencia de los hechos que constituyen la tradición psicológica de la conciencia social que llamamos opinión. Se cita mucho la frase de Plutarco en sus «Vidas paralelas» en la que dice que las pequeñas causas producen grandes efectos. Esto no es verdad, más que a medias; debajo de las pequeñas causas siempre hay en potencia una realidad que podríamos llamar subcausal, que responde a una condición colectiva que provoca un enorme acontecimiento histórico. Así ocurre con el hecho de la Mamora, cuya significación política encubre la formidable conjura europea de las naciones contra el poder imperial español mediante el piraterismo de holandeses, franceses y británicos, motivando su decadencia material.

Los moros y los turcos asolaron continuamente la costa, inhumana, cruelmente, y contra ellos luchó denodadamente nuestro D. Luis Fajardo. En esos impresionantes fragmentos se siente la emoción de aquella contienda tan desconocida por nuestros eruditos historiadores, carentes de una cordial visión histórica, capaz de la alta comprensión de lo olvidado en el rincón de las bibliotecas y en las polvorientas entrañas de los archivos. Esos fragmentos son historia viva y digna de ser recordada. ¿Qué saben de ella los hombres que viven murmurando chismes políticos o comentando noticias de guerras, inexactas e injustas? No hay que olvidar que uno de los fenómenos de la vida española es en este período de enorme desnivel entre las Armas y las Letras, desnivel que se produce cuando un pueblo pierde el imperio de su política y la autoridad de su dominio al romperse la unidad religiosa de su ideal católico y su excelcitud cultural en filosofía y sobre todo en Teología, la reina de las ciencias, como escribió Cervantes en su estupendo «Don Quijote».

España iba camino de la trágica paz de Westfalia como consecuencia lógica del Congreso de Munster, en el que tomó parte activa nuestro Saavedra Fajardo, cuando la curva descendencial del imperio español seguía la trayectoria más lamentable de su tradición.

Uno de los hombres excepcionales que flota por encima de este enraizado mundo literario de nuestra patria es D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba, de quien no cita para mal ni bien D. Luis de Góngora, lo que significa que su personalidad no es alcanzada por los dardos poéticos del vate cordobés. Mérito grande que señalo para afirmar mi tesis de la indiscutible caballerosidad de este hombre que documentalmente se demuestra su desprendimiento económico con sólo transcribir un documento que se incluye en las referencias que de él se hace el curioso



archivo del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de esta ciudad. D. Luis Fajardo, desde Lisboa, manda vender unas fincas que poseía en la huerta de Murcia para atender a sus necesidades personales. Lo que indica que no recibía su paga de general con la debida regularidad, de las arcas del rey. Una cosa semejante le ocurrió a Saavedra Fajardo, al decir en su testamento:

«Declaro que he servido a S. Magd. de cincuenta años a esta parte en los mayores manejos de la Monarquía y con mayores aprobaciones de su S. Magestad, sirviendo a mi costa, pues hoy se me debe de sólo sueldos más de veinticuatro mil ducados y todo me parece poco, considerando las necesidades de la Monarquía...».

Esto es caballeridad y celo aristocrático. ¿No es así?

¿Qué político de hoy es capaz de hacer lo mismo?

D. Luis de Góngora fué un hombre que vivió sin los heroicos riesgos de la guerra y sin embargo satilizó los sucesos bélicos, como ya he demostrado en páginas anteriores. La patria ante todo, pues la Monarquía era en aquel tiempo la encarnación de la misma. He aquí el sentimiento patriótico de aquellos hombres que antepusieron la patria a sus intereses particulares. Es curioso, Góngora quiere justificar en una carta la utilidad de las Letras, diciendo:

«Pregunto yo: han sido útiles al mundo las poesías y aun las profecías ¿qué vate se llama el profeta como el poeta? Sería error negarlo; pues, dejando mil ejemplares aparte, la primera utilidad es en ellas la educación de cualesquiera estudiantes de estos tiempos y la obscuridad y estilo entrecabado de Ovidio (que en lo «De Ponto» y en lo «De tristibus») fué tan claro como se ve, y tan oscuro en «Transformaciones», de causa a que vacilando el entendimiento en fuerza de discurso, trabajándole (pues crece con cualquier acto de valor) alcance lo que así en la lectura superficial de sus versos no pudo entender; luego hase de confesar que tiene utilidad avivar el ingenio, y eso nació en la obscuridad del poema». («Carta de D. Luis de Góngora en respuesta de la que le escribieron», «Obras Completas» recopiladas por los hermanos Juan e Isabel Mille y Giménez. Edición M. Aguilar, Año 1943. Pág. 796).

D. Luis de Góngora no sintió el heroísmo caballeresco al modo de Lope de Vega, de Miguel de Cervantes y del mismo Quevedo. Su vida fué integralmente de hombre de letras. Favorecido por la fortuna de nacer en el seno de una familia linajuda y acomodada, Góngora vivió, fuera de sus borrascosos años de juventud escolar, en pleno escenario cortesano, siendo su egoísmo puramente literario y su valentía formidablemente poética, así como fué un tremendo buscador de metáforas a través de la cultura humanística que poseyó con dominio perfecto y genial. La actitud vital de D. Luis de Góngora se expresa maravillosamente leyendo el epistolario que los hermanos Mille y Giménez publican en las «Obras Completas» ya citadas. Esas cartas nos explican la psicolo-



gía íntima de Góngora con una sinceridad admirable. La obsesión espiritual de este poeta no es otra que la de lograr originalidad estilística que coronara su ambición creadora y no otra cosa. Un enorme orgullo aristocrático presidió sus hazañas de la vida social y en ellos derrochó sus mejores energías personales, luchando por conseguir un empleo que le permitiera salvar su catastrófica situación económica ¡Cuánta poesía y cuánta prosa gastó Góngora en su vida!

En esas cartas palpitan emocionantes hechos de nuestra patria en tiempo de los reyes Felipe III y Felipe IV que no constan en los libros de historia, y sin embargo, nos entregan las vivencias históricas de aquella época de tan enorme desnivel cultural. D. Luis de Góngora fué un perfecto intelectual. A través de su temperamento satírico flageló las imperfecciones de la sociedad de sus días envuelta en un ambiente de mentidero cortesano. Tan cierto es esto que digo que el marqués de los Vélez, D. Pedro Fajardo, abuelo de nuestro héroe D. Luis Fajardo, escribió en una carta ya citada esta terrible y trágica frase hablando de la corte, lleno de dolor y de desilusión al negarle un cargo importante cerca de Su Majestad Felipe II a que aspiraba, perdiendo la gracia real: «Al cabo, todos tenemos roídas las raíces».

Carta que Marañón, en su estupenda obra «Antonio Pérez», califica de admirable y escrita poco antes de morir. Marañón termina la semblanza de este personaje con estas bellísimas palabras que repito sin fatiga.

«Rumiando la amargura, caminaba muy despacio, porque no le consentía ir deprisa su debilidad; y porque a los años de lucha palatina, el vasto panorama manchego debía ser un bálsamo para su espíritu. Calculaba que tardaría unos meses en llegar a Mula y a Vélez Blanco, donde lo esperaba el maravilloso alcázar de mármol erigido por sus abuelos, pero no llegó a más, porque en el camino murió». En estas palabras se adivina a un Don Quijote que derrotado por las miserias y vanidades de la Corte se retira a sus Estados, como diría el clásico «lejos del mundanal rüido» y, camino del *inmortal seguro*, antes de llegar a ellos, muere. También este Fajardo que es de los hombres que hace España y los gasta, merece otro estudio interesante para la verdadera futura historia de nuestra patria. Tal vez esta carta del marqués nos diera algún detalle de su psicología personal. ¡Las Armas y las Letras!

Pero D. Luis de Góngora disparó sus dardos literarios desde las almenas de papel de sus escritos y con una emoción política y cortesana manejando el estilete de su crítica intencionalidad, según sus aspiraciones aristocráticas y sus continuos cambios de protectores.

Yo he buscado en este ensayo la esencia espiritual del caballero español, en el imperio de las Letras y de las Armas, que fué su armoniosa ecuación personal. Pero en tiempo de D. Luis Fajardo empezó a declinar produciendo el gran desnivel entre ellas la tragedia de todas las naciones que fueron magníficas y poderosas. Léase este sustancioso párrafo de



la maravillosa obra de mi querido e ilustre amigo D. Miguel Artigas, enorme pérdida para la cultura española, «D. Luis de Góngora y Argote». Biografía y estudio crítico (1925): «De cómo hombres cultos del siglo XVII se daban perfecta cuenta de que habían llegado a un esplendor máximo de cultura literaria nos informan bien las siguientes palabras de un comentador de Góngora (B. N. Ms. 1906), Pellicer, en sus comentarios al «Polifemo», en una nota a la estancia XXXI, rectificando la etimología que da Covarrubias a la palabra batalla, anuncia la publicación de un «Glosario Hispano Bárbaro Castellano», y el anónimo censor de estas lecciones solemnes en el manuscrito citado, que debió ser, a mi juicio, el docto Andrés Cuesta, dice a este propósito: «comenzó a pulirse (el castellano) en tiempo del rey don Fernando, cuando cesaron en España las guerras y descubrió asomos de lo que avia de ser tan grande monarquía... (el subrayado es mío). Ha llegado oí la lengua como imperio de toda grandeza que tener puede. Testigos tantos y tan grandes ingenios como cada día en esta edad tan admirables escritos la an enriquecido. Está, pues, nuestra lengua en el estado que nuestro imperio... y continúa profetizando sobre el destino de España. «I si no es que Dios toma por ver que en España se conserva la pureza de la fe hace un milagro particular es fuerza que así el imperio como la lengua se asienta dentro de pocos años. Procurarán saber nuestras cosas i gobierno de señorío tan grande, al modo como agora nosotros ponemos cuidado en el conocimiento de las griegas y latinas. Que señores hubo en España, qué oficios en Palacio: adonde avia audiencias, qué hombres florecieron en cada tiempo en armas y letras. Para esto les será fuerza aprender nuestra lengua, que ya estará del todo perdida. Daránse todos a la inteligencia de nuestros oradores y poetas para alcanzar el conocimiento de tantas cosas, estimando entonces cualquier coplitas de que nos reimos agora. Estudiarán nuestras comedias. Admirase la posteridad de que un hombre aya escrito mil y quinientas. Sobre todo habrá gramáticos y críticos que pleiteen si este verso es de éste u de aquel poeta, no menos que agora procuramos restituir las obras griegas y latinas a sus verdaderos dueños. I ante todas cosas habrá quien haga vocabularios. No faltará quien recoja todas las voces que se hallaren en el Fuero Juzgo, partidas i libros antiguos, haciendo de estas voces un glosario al modo que de los griegos Estephano. Háransen muchos vocabularios de los vocablos de este tiempo, que es el más florido, y no faltarán Nizolios, que como este recogió las palabras de Cicerón, recoja las de fray Luis de Granada, que es quien más y mejor ha escrito en estos siglos. I que avrá muchos libros escritos cuando la lengua se iva perdiendo vendrán Meussios que hagan Glosarios Hispano Bárbaros, que aquellas gentes o la comunicación de otras introduxó en nuestra lengua. Entonces si V. m. es vivo podrá (Deo volante), tomar por su cuenta este trabajo, que será de aquí a mil años y quizá nunca, que agora no ai en nues-



tra lengua vocablos que podemos llamar hispano-bárbaros. Porque si llama v. M. bárbaros los de las partidas, engañase, pues ninguno ai más lejos de serlo, si los de agora ninguno avrá que V. m. se lo consienta y los venideros han llegado...».

Leído este párrafo, bien podrá comprender el vulgo de la democracia literaria el pensamiento de nuestro áureo período imperial que no supo valorar y estimar los hechos e ideas que encarnaron en los estupendos creadores de nuestra cultura al producir obras que hoy nos enseñan la cualidad mental y la agudeza espiritual de una conciencia despierta y un hondo sentimiento patriótico dignos de estudiar para los hombres que despreciaron las esencias de las Armas de tiempos que vuelven con impulso de inmortalidad.

Lo mismo que ocurre con la lengua ocurre con el imperio político y con los hombres que lo construyeron con la energía quijotesca de sus afanes religiosos.

Y termino este capítulo con las palabras que D. Luis Fajardo escribió al dar cuenta de haberse tomado la Mamora y dicho misa en ella: «Hoy se ha dicho misa en la tierra, dando gracias a Nuestro Señor, que es a quien se le debe todo y el que lo ha de favorecer, como causa suya, y de lo demás se irá dando cuenta. Fecha en el puerto de la Mamora a 7 de agosto de 1614».

En estas palabras está contenida toda la economía espiritual del caballero español.

Otros documentos históricos que reflejan el ambiente de la sociedad española a principios del siglo XVII (1614) son dos sonetos de D. Luis de Góngora y Argote, referentes a la toma del citado puerto marroquí, nido de piratas holandeses y boca por donde los moros salían al Atlántico en busca de nuestros galeones, cuando regresaban de las Indias Occidentales, cargados de oro americano a nuestra patria, oro que si no era arrebatado por los corsarios era absorbido por los banqueros genoveses o alemanes financiando los gastos de las guerras que sostenían los reyes españoles mediante préstamos con un enorme interés usurario, oro que fué logrado con un heroísmo formidable, como muy bien dice nuestro polígrafo D. Francisco de Quevedo en su ya citada obra «La Fortuna con seso o la hora de todos» «Estos dos sonetos nos dan la temperatura social que formaba el clima ético de la Corte y de su atmósfera política nacional en aquel siglo de decadente milicia, rumbo a la desgraciada paz de Westfalia (1648).

Estos dos sonetos nos ponen al descubierto el espíritu de nuestra historia que palpita en las entrañas del corazón colectivo del pueblo español, víctima del ya citado tremendo desnivel entre las Armas y las Letras, fenómeno no bien estudiado y comprendido por nuestros mediocres eruditos, víctimas de su propia miopía, comprensiva al enjuiciar la realidad pretérita hallada mediante su trabajo investigador. En la socie-



dad española de principios del siglo XVII había volcado nuestra patria toda su sangre y energía de la civilización y cultura en el continente americano, lo que produjo una pormidable anemia en el cuerpo político del imperio forjado por Carlos V y su hijo Felipe II luchando contra todas las naciones de Europa. Nunca voló tan alto el pensamiento de nuestros escritores como en este período de exaltación intelectual y artística y de enorme polémica literaria entre los colosos de la pluma, es decir, de las Letras. Esto se refleja admirablemente en las obras de nuestro Saavedra Fajardo y maravillosamente estudiado por el joven catedrático de la Universidad de Valencia y oriundo de Cartagena, D. José M.^a Jover Amora, en sus libros «Sobre los conceptos de la Monarquía y Nación en el pensamiento político español del siglo XVII» y «1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación», ésta última premio «Menéndez Pelayo, 1947» y publicada por el C. S. I. C. «Instituto Jerónimo Zurita», 1949; de los que ya hablaré oportunamente por tratar de una manera clara y documentada de la decadencia política española, tan mal comprendida por los que no queriéndonos bien, soltaron la catarata de sus rencores y envidias filosóficas y religiosas.

* * *

Leída la relación poética de la toma de la Mamora por el ejército del capitán general de la Real Armada del Océano D. Luis Fajardo y escrito por Tirso de Molina en su obra teatral «Marta la piadosa» demostrando la importancia histórica que se le dió no solamente nacional, sino también europea, falta darnos cuenta del ambiente que en torno de este suceso bélico y, nada mejor que transcribir los dos sonetos del poeta barroco Luis de Góngora:

N.º 333, año 1614

—¡A la Mamora, militares cruces!
 ¡Galanes de la Corte, a la Mamora!
 Sed capitanes en latín ahora
 los que en romance ha tanto que sois duces.
 —!Arma, arma, ensilla, carga; —¡Qué? ¡Arcabuces?
 No, gofo, sino aquesa cantimplora,
 Las plumas riza, las espuelas dora.
 ¡Armarse España ya contra avestruces?
 —Pica, bufón. ¡Oh, tú, mi dulce dueño!
 Partiendo me quedé, y quedando paso
 a acumularte en Africa despojos.
 ¡Oh, tú, cualquier que la agua pisas leño!
 ¡Escuche la victoria yo, o el fracaso
 a la lengua del agua de mis ojos



N.º 334, año 1614

*Llegué, señora tía, a la Mamora,
donde entre nieblas vi la mañana,
desde el seguro de una partesana,
confusa multitud de gente mora.
Pluma acudiendo va tremoladora
andaluza, extremeña y castellana,
pidiendo, si vitela no mogana,
cualquier fresco rumor de cantimplora.
Allanó alguno la enemiga tierra,
echándose a dormir, otro soldado,
gestador vigilante con su pico
biscocho labra. Al fin en esta guerra
no vi más fuerte, sino el levantado.
De la Mamora. hoy, miércoles. Juanico''.*

Como todos los documentos de cualquier época necesitan una interpretación que nos explique el significado vital de las circunstancias en que se redactaron y escribieron para conseguir el sentido de su expresión aproximadamente, puesto que el escritor D. Gonzalo de Salcedo Coronel, discípulo y admirador de Góngora, en la edición de las Obras Completas comentadas de D. Luis (1644), dice: «D. Luis, burlando en este soneto que escribió en estilo dramático, desta prevención, más por ejercitar su natural jocosó, que por desprecio del brío de los nuestros, describe graciosamente la partida de alguno, introduciendo cuatro personajes que hablan en él: uno que da la nueva y excita al socorro; otro, que manda prevenir alguna cosa para el viaje; un criado burlón que le pregunta y responde; y una dama que queda llorosa por la partida de su amante».

Pero estas palabras tienen una interesante contrapartida, y es la de que en la edición de «Todas las obras... en varios poemas», recogidos por D. Gonzalo de Hoces y Córdoba (Madrid, 1633), fueron eliminados ambos sonetos por buenos respetos. Se ve en esta supresión la inconsecuente ondulación psicológica del poeta cuando rectifica su actitud crítica y satírica ante las personas aludidas en dicho soneto. D. Luis obra como nos dice D. José Ortega Gasset, *según el hombre y sus circunstancias*; su espíritu cambió de rumbo, demostrando la falta de su carácter personal.

En estos sonetos hay otro aspecto que considerar, el de su lenguaje, que merece un comentario. La Real Academia Española tiene por lema: «Limpia, fija y da esplendor», significando por esta divisa que defiende el purismo lingüístico siendo todo lo contrario, por la sencilla razón de que el lenguaje está continuamente progresando y evolucionando; el torrente verbal discurre a través de la vitalidad tradicional sin descanso ni fatiga renovadora. En el soneto primero, Góngora emplea la palabra



gofa, de origen italiano, la que significa necio, e ignorante. También en el segundo soneto emplea el italianismo «Si vitela no mogano» que Salcedo Coronel, en su edición, anota diciendo «a la ternera llaman los italianos vitela, y la mejor que se gasta en Roma es la que dicen *mogana*, del verbo *murgeo*, es, que vale ordeñar, por estar sustentada solamente por la leche de la madre.

¿Quién entendería el concepto que expresa en estas palabras sin una explicación que nos diera el significado de su espíritu gramatical? Con él ya tienen que hacer nuestros ilustres filólogos para ejercitar su peregrino magín y la historia un dato interesante acerca de la fugitiva vitalidad literaria y su significado político.

El estudio de estos sonetos de Góngora tienen una verdadera importancia en la historia social de nuestra patria, porque nos dan a conocer el ambiente polémico de nuestros literatos al criticar los hechos históricos que se desarrollaban en sus días, con una verdadera valentía periodística podríamos decir, como ocurrió con el estupendo Quevedo al satirizar y criticar los hombres y hechos de su tiempo. Pero aquellos hombres tenían iguales fallas que los de ahora, y tenían también sus curvas de carácter en la trayectoria de su existencia.

El ambiente polémico de la vida literaria de aquel entonces fué muy intenso. La sensibilidad mental del ingenio español llegó a su más alto grado de hostilidad temperamental entre los mejores escritores del siglo XVII, es decir, el choque de sus personalidades y de sus culturas, el hervor de sus pasiones íntimas al exteriorizarlas literariamente. Lo que ocurre siempre.

Al darle importancia a la toma de la Mamora solamente, no es por la trascendencia de su posición estratégica, sino también por su importancia geográfica, política y religiosa. Los españoles en Africa tuvieron que luchar, como digo antes, con un enemigo geográfico: el Desierto del Sáhara, así como también en América con la tremenda zona tropical. En Africa, si se tiene en cuenta su relieve, se ve que el Desierto del Sáhara tiene como antemural el baluarte montañoso del Atlas y sus ramificaciones. Por los portillos de este macizo entra y sale toda la turbonada de los moros y árabes que viven en los oasis del interior desértico o en las cumbres de las montañas del sistema atlántico, o sea del Atlas. Los portillos por donde se ponen en comunicación, son puertos bien acondicionados para la piratería, sobre todo en aquella época de corsarios internacionales en gran escala, como ocurrió con el de la Mamora o Medehia, conquistada por la escuadra mandada por el capitán general del Océano Atlántico D. Luis Fajardo, hijo del marqués de los Vélez, Adelantado del Reino de Murcia. La costa atlántica es generalmente obstaculizada por una barra violenta, lo que hace difícil su acceso. La Mamora era un nido de piratas holandeses que, agazapados en puerto tan estratégico, servían de cobijo para resguardarse de nuestra escuadra y apro-



piarse de los tesoros que traían de América a nuestra patria nuestros valientes marinos. Tesoro que se gastó en las interminables guerras en nuestros dominios europeos. Para ilustrar estas afirmaciones remito a mis lectores al interesante libro del cronista de la ciudad Cartagena, D. Federico Casal Martínez, «Cartas dirigidas por el Ayuntamiento de Cartagena desde el año 1603 a 1616. Año 1913», libro en el que hay muchas cosas interesantes para la historia de este antiguo Reino, que demuestran el papel histórico que esta tierra desempeñó en el tablero guerrero de la España imperial, así como también el de nuestro héroe D. Luis Fajardo.

Véase cómo en la autobiografía de un pícaro, titulada «De pinche a comendador», por el capitán Alonso de Contreras, y descubierta por mi maestro D. Manuel Serrano Sanz, de grata memoria para la erudición española por su formidable labor investigadora de nuestra historia. De ella transcribo los párrafos correspondientes a la Mamora, sobre todo los que se refieren a la descripción de dicho puerto:

«Esta Mamora es un río, que, a la boca de él hay una barra dicha, pero entran navíos gruesos dentro, y si los enemigos le pidieran hicieran daño a España, porque no está más de dos leguas de Cádiz, y como las flotan entran y salen en aquel puerto o en Sanlúcar, con facilidad podían hacer gran daño tomando los bajeles y en un día volverse a su casa, sin tener necesidad de hacer navegación larga de ir a Argel y Túnez, además del riesgo que tienen de pasar el estrecho de Gibraltar. Sube este río hasta Tremecén (aquí hay un error geográfico de longitud), treinta leguas arriba, y desfondable por todas partes, y con la comodidad de los bastimentos tan baratos, para aprestar armada muy buena allí; que *por eso los holandeses* estaban tan gozosos de él».

«Para que se vea el mal que nos podían hacer de esta manera, por ser tan fondable, y lo dicho para entrar galeones gruesos, tres leguas en la misma costa hay un lugar que llaman Zalé, con una fortaleza muy buena, que son de ella dueños los moriscos andaluces y hay un riachuelo que no caben sino bajelillos chicos, como tartanas y patachas, y con ellos destruyen la costa de España y no hay año que no entren en este Zalé más de quinientos esclavos tomados en bajeles de la costa nuestra que vienen de las Indias y de las Terceras y Canarias y del Brasil y Pernambuco, y en acabando de hacer la presa en una noche están en casa, y hacen en la costa de Portugal el día y noche. Dirán que salgo del cuento de mi vida y me meto en historia; pues a fe que pudiera meterme».

La descripción que hace el capitán Contreras del puerto de la Mamora o Medhia es tan exacto que me remito a él para su comprobación geográfica actual y en la que se da cuenta de su posición sin error alguno. En todo esto se ve claramente que el Desierto, la selva ecuatorial y tropical, fueron los dos hechos geográficos con quienes los hombres tu-



vieron que luchar denodadamente en el curso de los siglos con un heroísmo de exaltación religiosa y militar premiada con un imperio cultural y espiritual que se mantiene con enérgica perennidad secular, fenómeno que hoy se repite actualmente por una perfecta realidad histórica. Nadie mejor que el ilustre historiador británico Mr. Arnold Toynbee en una charla periodística publicada en el diario madrileño «A B C» el día 22 del mes de octubre del año transcurrido, ha explicado la realidad política e internacional y el origen de la Leyenda Negra, que se va transmitiendo por tradición a través de los tiempos con una exactitud vital inexorable, asunto que ya trataré más adelante y con más oportunidad. Aparte de las campañas navales por el Atlántico en persecución de los piratas, D. Luis Fajardo fué el encargado por Felipe III, de llevar a cabo la Expulsión de los Moriscos de Levante, hecho político que ha dado margen a la intensidad de nuestra Leyenda Negra, Leyenda Negra que ha sufrido un desplazamiento providencial en los momentos contemporáneos del que ya hablaremos.

Como se ve, los versos que copio a continuación nos demuestran la valentía heroica de D. Luis Fajardo, cuya fama rebasó los límites nacionales a raíz de la victoriosa toma de la Mamora, en 1614, como lo prueba la «Carta de D. Luis Fajardo al Señor Presidente D. Francisco Huarte en 6 de agosto de 1614, sobre la toma de la Mamora». (Inserta en «Historia, vicisitudes y política tradicional de España respecto de sus posesiones en la costa de Africa...»). Por D. León Galindo y de la Vera. Madrid. Tello, 1884); y otros documentos ya publicados que hablan de este asunto.

Otro poeta canta con versos de barroca factura la toma de Larache en 1611, según Fuolche-del Bosc, «Poessies atribué a Góngora», Revue Hispanique; Larache, antesala de la toma de la Mamora, y según la edición de los hermanos Mille y Giménez, en 1611. Sea lo que fuere, el soneto de Góngora dice así:

*"La fuerza que infestando las ajenas
argentó luna de menguante plata,
puerto hasta aquí del bégico pirata,
puerta ya de las líbicas arenas,
a las señas de España sus almenas
rindió al fiero león que en escarlata
altera el mar y al viento que le trata
imperioso aún obedece apenas.
Alta haya de hoy más volante lino
al Euro dé y al seno gaditano
flacas redes seguro humilde pino
de que, ya deste o de aquel mar, tirano
leño holandés disturbe su camino.
prenda su libertad bajel pagano".*



He copiado este soneto de Góngora para dar cuenta de la importancia internacional del piraterismo en sus funciones antiespañolas, como se ve al final de esta poesía tan expresiva; piraterismo con el que luchó toda su vida D. Luis Fajardo, piraterismo que provocó la sublevación morisca de las Alpujarras, y más tarde la expulsión de estos enemigos de nuestra patria llevada a cabo por nuestro héroe militar. Si esta acción no se hubiese realizado, Europa hubiese sufrido la más tremenda invasión musulmana retrocediendo en su marcha progresiva y cristiana. Fué otro Lepanto de enormes consecuencias históricas. Otra vez España salvó la civilización mediterránea, como la salvó en la reciente guerra contra el materialismo soviético; y la salvó aun teniendo enfrente casi todas las naciones luteranas, aliadas clandestinamente con el Turco en toda la costa del Mediterráneo. En el libro del Haber de la Tradición tiene España una amplia cuenta a su favor, cuenta no pagada por quienes a su costa construyeron imperios que han perdido su grandeza política y colonial en la vivencia presente de estos tiempos que sufrimos, igual y de obstinada ofensa internacional. Esto lo vió con evidente claridad nuestro formidable polígrafo D. Francisco de Quevedo al escribir respecto de los holandeses en su obra «La hora de todos y la fortuna con seso», publicada durante los años 1635, 36, 39, 44 y 45:

«Los holandeses, que por merced del mar pisan la tierra en unos andrajos de suelo que la hurtan por detrás de unos montones de arena que llaman diques, rebeldes a Dios en la fe y a su rey en el vasallaje, amasando su discordia en un comercio político, después de haberse con el robo constituido en libertad y soberanía delicuenta, y crecido en territorio por traición bien armada y atenta, y adquirido en prósperos sucesos opinión belicosa y caudal opulento; presumiendo de hijos primogénitos del Océano, y persuadidos a que el mar, que les dió la tierra que cubría para habitación, no le negaría la que le rodeaban, se determinaron, escondiéndose en naves y poblándola de corsarios, a pellizcar y roer por diferentes partes el occidente y el oriente. Van por oro y plata a nuestras flotas, como nuestras flotas van por él a las Indias. Tienen por ahorro y atajo tomarlo de quien lo trae, y no sacarlo de quien lo cría. Dales más barato los millones el descuido de un general o el descamino de una borrarasca que las minas. Para esto los ha sido aplauso, confederación y socorro la envidia que todos los reyes de Europa tienen a la grandeza de España». Con estas sintéticas palabras del gran escritor y españolísimo defensor de nuestra patria no se pueden decir mejores conceptos y sentimientos de la realidad vital de aquella época tan menospreciada e incomprendida por todos los escritores extranjeros, que a través de su criterio luterano nos legaron la tremenda Leyenda Negra que todavía pesa sobre España como nube de sombrío rencor y oscuridad de mala intención, al fabricar sus retorcidos estudios interpretativos huérfanos de



una cordial y espiritual visión ecuménica que les permitiera sentir la unidad divina de la humanidad en su religiosidad cristiana.

* * *

Yo he querido estudiar en este ensayo a un hombre, caballero español de una estupenda *murcianidad*, D. Luis Fajardo Fernández de Córdoba. Caballero cuya vida ejemplar y heroica brota bellamente de la semblanza que de él hace el Dr. Cano y Urreta en su obra «Los días del Jardín», así como del ambiente social en el que vivió. Semblanza que dice más de lo que promete y promete más de lo que dice, al trazar la etopeya nada menos que todo un hombre Católico y Español.

¡Alabado sea Dios!

ADVERTENCIA

Las notas y apéndices de este ensayo se publicarán en el número siguiente de esta Revista.

